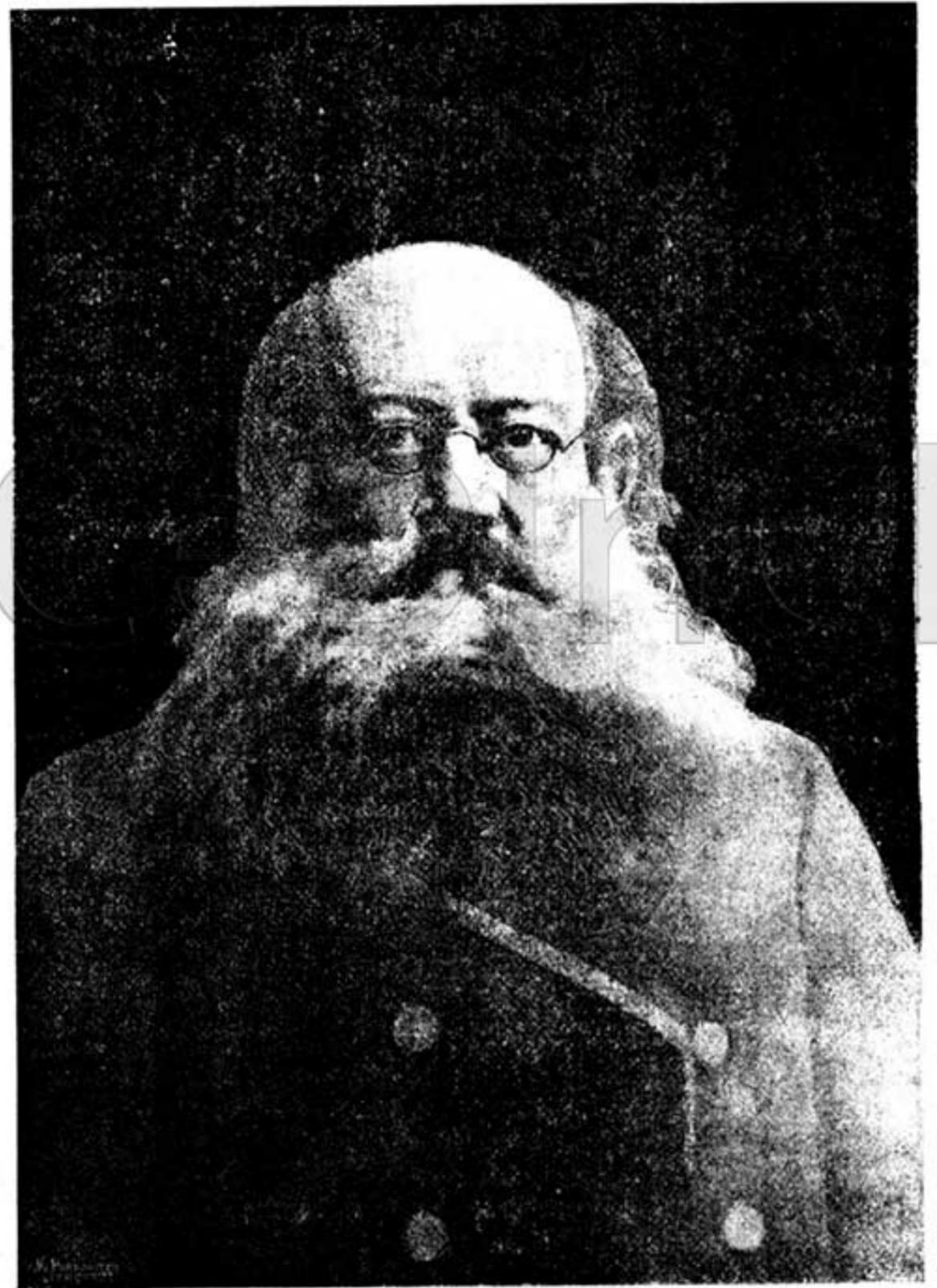


Suplemento de "LA PROTESTA"

Año I

Buenos Aires, Setiembre de 1918

N. 5



P. KROPOTKINE

Sobre Tolstoísmo

Entre los anarquistas ha tomado cuerpo y echado raíces la creencia de que el cristianismo es una doctrina de resignación. Ignoro quien fué el majadero que por primera vez dió sobre el cristianismo semejante juicio, pero me atrevo á sospechar que, una de dos, ó no conocía del cristianismo más que lo que dicen de él los frailes y los curas, ó tenía una lamentable y casi absoluta carencia de sentido filosófico.

No solo el cristianismo no es una doctrina de resignación, sino que entre las doctrinas que no son tales puede ocupar la cristiana un lugar importante. Y para convencerse de ello es suficiente con darse cuenta de que su moral es de las más antinaturales que pueden darse. Y esto prueba por sí solo que lejos de resignarse pacientemente y seguir sin réplica la corriente de las cosas, el cristianismo se rebela contra ella y lucha por adaptarla á sus conceptos, á sus antojos ó á sus caprichos. La misma creencia en la inmortalidad del alma no significa otra cosa que la suprema rebelión del hombre contra la muerte.

En realidad, solo del pesimismo negro y llevado á su más alto grado, puede decirse que es una doctrina de resignación. La resignación sería en ese caso algo así como un remedio para no caer en la desesperación, y por eso no sería una resignación voluntaria, puesto que sería derivada de la impotencia para hacer algo más que resignarse. Fuera del pesimismo negro y exagerado, no hay doctrinas de resignación. Todas tienden á luchar por mejorar la vida; ellas son un producto de la vida misma, y la vida no puede querer ni crear nada deliberada y conscientemente que no sea en su favor.

Se ha inducido del principio de la no resistencia al mal el concepto de que el cristianismo es una doctrina de resignación. Pero semejante inducción es absolutamente desacertada, puesto que el cristianismo no pregona la no resistencia al mal por no resistirlo simplemente, sino como medio para destruirlo, y de esto viene á resultar que la no resistencia al mal, lejos de ser un acto de resignación es, por el contrario, una lucha formidable contra el mal, y la más formidable que debe darse, puesto que es la más difícil.

El cristianismo solo se estudia y se comprende bien al través del Tolstoísmo, ó del neo cristianismo de Tolstoy.

Puede afirmarse que después de Cristo,—dado el caso de Cristo haya vivido existencia real—Tolstoy es la más alta personificación del cristianismo. Y si nos fijamos en la vida de ese hombre, veremos que ella

no tiene nada de resignada. Por el contrario: ha sido Tolstoy uno de los más grandes y más contantes luchadores, y lo sigue siendo aun, á pesar de la carga que los años han arrojado sobre sus espaldas. Y no ha luchado solo en un terreno, si no en todos, esto es, contra la manera del ser del ambiente y contra su propia manera de ser.

La forma de lucha de Tolstoy, es, naturalmente, cristiana, que es lo mismo que decir pacífica. Pero paz no quiere decir resignación, como erróneamente se ha interpretado. La paz solo excluye la lucha cuando ella es manifestación de violencia, pero no cuando ella es manifestación de fuerza activa.

La situación social de la humanidad es desde sus comienzos viciosa. La base sobre que gira la vida social es y ha sido siempre defectuosa. De aquí surge el conflicto casi permanente entre individuos, intereses y tendencias. De este conflicto surge el choque, que es violencia.

Pero Tolstoy no ve la cosa así; él piensa que los individuos y las colectividades no chocan por que el centro en que gravita su vida social les impela á ello, sino porque les impele su misma naturaleza, por que tienen una tendencia ingénita al choque.

Por eso, Tolstoy no encuentra otro medio para suprimir la violencia, que es siempre imposición y fuente de derivación de todas las tiranías,—más que la lucha de cada uno contra si mismo. Es un moralista de cuerpo y alma, que desconoce por completo los principios mas elementales de la sociología.

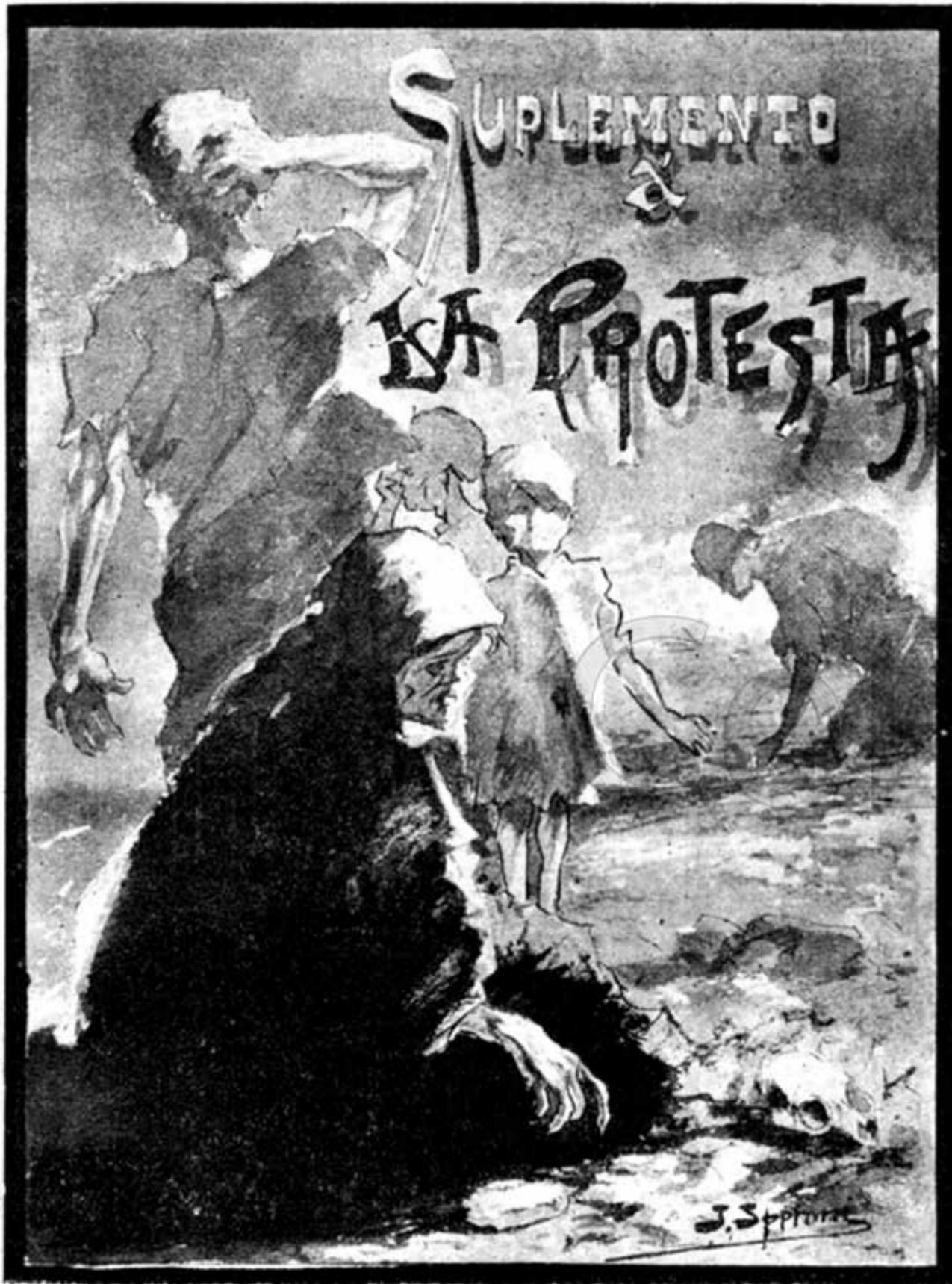
Obligado, en parte por su calidad de filósofo, y en parte por reclamarlo la situación social de la humanidad contemporánea, á sacar del cristianismo todas las consecuencias sociales que en si él encierra en germen, vino á parar al anarquismo. Y en cuanto á la base sobre que debe girar la vida social de la humanidad Tolstoy es un perfecto anarquista.

Pero en cuanto á los medios de lucha no lo es mas que en parte. Es demasiado unilateral en este punto para serlo.

En los medios de lucha es donde se descubre la gran ausencia del sentido de la realidad del pensamiento de Tolstoy. Sus medios de lucha son la consecuencia de su doctrina toda; pero al llegar á ellos, si tuviera sentido de la realidad hubiera descubierto que la mitad de su filosofía es completamente errónea.

En efecto: Tolstoy no admite, como los socialistas, el parlamentarismo, ni admite tampoco la violencia para llegar á la anarquía. Solo admite la persuasión; y lo que asombra más, es que está convencido de que la persuasión basta para llegar á la anarquía, sin el auxilio de ningún otro medio.

El hombre que él concibe es un hombre



abstracto, no es un hombre real. El se forja la imagen ideal del tipo medio hombre, independiente de toda condición de vida externa, sin ningún punto de apoyo fuera de sí, girando siempre sobre sí mismo, y sobre él construye todo su edificio filosófico.

Tiene todos los defectos de los filósofos antiguos, que también han considerado al hombre siempre en su forma abstracta, como un ser absolutamente independiente. En una palabra, no han visto la continua relación en que el hombre está con el mundo objetivo, y la parte de dependencia que tiene de él, al propio tiempo que la influencia determinante que este mundo objetivo ejerce en sus acciones y en su manera de ser en general.

De esta manera concedían al hombre el poder de transformarse así mismo, pero no al ambiente el poder de transformar al hombre.

Y esto es lo que hace Tolstoy. Cree que el ambiente no transforma en nada al hombre, que solo el hombre transforma al ambiente. Por esto solo admite la persuasión como medio de transformación social. La sociedad, dice, es una resultante de los individuos que la forman; entonces, para transformar la sociedad hay que transformar los individuos, y los individuos no se transforman por medio de la violencia.

El razonamiento éste no puede ser más lógico. Tiene el defecto de no comprender que así como la sociedad es una resultante de los individuos, estos son un resultante de la manera de ser de la sociedad; que el ambiente y el individuo son dos cosas que están mutuamente encadenadas, y que obran recíprocamente una sobre otra, provocando siempre la modificación de una, una modificación en la otra.

Y de esto resulta que para transformar la sociedad no se necesita la transformación de todos los individuos que la componen, sino solo la transformación de unos cuantos, los necesarios para poderse imponer á las fuerzas conservadoras. Y resulta más aun; resulta que la transformación individual antes de la transformación social solo puede ser posible en la parte intelectual, sin traducirse en línea de conducta, puesto que ésta es una resultante de las ideas y del temperamento del individuo, á la par que de las condiciones en que está colocado. Y para que sea posible una transformación de la norma de vida individual y colectiva es necesaria una transformación de las condiciones en que está colocada y se desenvuelve.

Se empieza siempre por la transformación intelectual. Pero á esta transformación intelectual no sigue nunca la transformación de la norma de vida individual, sino por el contrario, la transformación del ambiente y de las condiciones de vida externa. Solo des-

pués, en tercer término, viene la transformación de la línea de conducta individual.

De manera que la forma de la evolución social puede resumirse en esto: empieza por la transformación de la manera de pensar de los individuos; sigue después á la transformación del ambiente, de las condiciones de vida externa, y vuelve otra vez á transformar los hábitos y el temperamento de los individuos.

Tolstoy no piensa así. El cree que los individuos pueden transformar su línea de conducta á voluntad, sin transformar antes el medio en que actúan. Por eso espera persuadir al zar, á los ministros y á los cosacos, y que éstos, una vez persuadidos, se convertirán en simples trabajadores voluntariamente, y hasta lucharán por la realización de la anarquía.

Pero lo cierto es que mientras no se llegue á la anarquía, una transformación social pacífica, sin violencias, sin rebeliones y sin hondas conmociones, no ya el pensamiento, sino hasta la imaginación se resiste á creerla. Ella supondría la posibilidad de un acuerdo universal en primer término, y en segundo término supondría eso que supone Tolstoy, esto es, que los individuos no están sujetos á la influencia del ambiente, y que todos los policías y los gobernantes no tienen alma y temperamento de tales.

Y esto es absurdo. Siempre ha sido repudiado el robo y sin embargo siempre hubo hombres que vivieron de él. Podrá llegar á ser repudiado el oficio de gobernante y de policía tanto como lo ha sido el robo; ello no impedirá que haya individuos que ejerzan esas profesiones.

Y es que cada corporación tiene un ambiente. Los ladrones solo tienen relación con los ladrones, las prostitutas con las prostitutas, y así todos. Poco les importa que la masa general del pueblo los repudie, desde que viven completamente aislados de ella.

Y esto es lo que sucedería con los sostenedores de la miseria, la opresión y la esclavitud, dado el caso de que fuera posible que el pueblo llegara á repudiarlos con la misma fuerza con que repudia á las prostitutas y á los ladrones, por ejemplo.

No; el regimen social de hoy, es un regimen de violencia, que solo la violencia podrá destruir. Solo los que se dejan conducir por un sentimentalismo que no tiene nada de sano y que tiene mucho de morboso, pueden llegar á creer y á pregonar lo contrario, haciendo una obra contraproducente.

Por que, es lo que decía no hace mucho un cronista; Tolstoy no está con el zar; por el contrario, está con la revolución; pero su obra beneficia al zar y perjudica á la revolución.

[MÁXIMO ARACEM.]

LETRAS

Un fenómeno por demás curioso, está produciéndose actualmente, fenómeno en virtud del cual la literatura tiende á ser cada vez más rítmica, más musical, en tanto que la música se intelectualiza, habla á la comprensión y se aleja de la antigua fórmula melódica y armoniosa.

En presencia de estas desviaciones del cauce que hasta ahora recorrían ambas artes, surge ante el pensador la suposición, no muy infundada ciertamente, de si se deberá á que la música la escriben los literatos y la literatura se ha hecho patrimonio de los músicos.

Wagner no halaga el oído, pero en cambio hace cer pasiones y sentimientos, paisajes y ensoñaciones. Conmueve dirigiéndose á la inteligencia con su música interpretativa, que no prescinde de ningún ruido en la vida, desde el jaderar de los caballos hasta el susurro del céfiro.

En contraposición con él una parte de los literatos modernos, escriben con prosa rítmica, más apropósito para leída en alta voz, para ser escuchada, que no para *verla*.

La cadencia en la frase, la tonalidad en el sonido, es lo que principalmente buscan muchos escritores de hoy.

El concepto de belleza, de arte, ha sufrido una transformación que más bien indica degenerescencia que no progreso.

Con exactitud podría decirse, que la literatura de hoy es con relación á la de ayer lo que la belleza estatuaría de los antiguos griegos, á los modelos de la moda que las modistas ponen en circulación.

La incomparable belleza de la línea, ha sido suplantada por los artificios de los colorines, de las telas combinadas con más ó menos habilidad. Recreo superficial para la vista, en vez del goce superior de la contemplación de la vida.

En la escritura se va olvidando su potencialidad evocativa, su fuerza conmocionante, para dar lugar tan solo al halago musical, á la cadencia rítmica.

Y es tan sólo á esto, á lo que llaman arte y belleza algunos.

Confunden la escritura sin arte, sin poder evocativo, con la que lo tiene y envuelven á ambas en el mismo desprecio.

Es injusto esto.

Decir, por ejemplo, «amanecía», no es artístico, como no lo es tampoco relatar una escena de la vida, concretándose á reseñarla sucintamente de esta manera, y gr.: «El automóvil núm. tantos atropelló á Fulano de Tal en la plaza X, causándole varias lesiones internas de las que según diagnóstico médico, sanará en tres semanas.»

Ni en uno ni en otro caso, el lector se emociona. Amaneceres hay muchos, todos distintos, y no basta decir «amanecía» para que uno evoque in mente un amanecer determinado, aquél que está en relación directa con la acción que en aquel amanecer ha de desarrollar el escritor.

Igualmente el relato del accidente, tal como lo hemos descrito, no emociona por carencia absoluta de arte. En cambio, si se describe la marcha del automóvil, el descuido de la víctima, la zozobra de los transeúntes, el instante del atropello, la demudación del rostro del atropellado, el choque de sentimientos del chauffeur, incitado por el instinto de seguridad personal á huir, y á auxiliar á la víctima que inconscientemente ha causado, se tendrá acabada idea del suceso y se sentirán las mismas emociones que quienes fueron protagonistas de él y quienes lo presenciaron.

Describid esa misma escena con prosa rítmica y difícilmente conseguiréis originar otra sensación que la musical, la del ritmo.

Precisamente lo que sucede con todas las óperas—excepción hecha de las wagnerianas—; deleitan, pero no conmueven, aun á pesar de la letra y de la acción, que están sacrificadas á la melodía.

Alguien, tratando este mismo asunto, ha dicho que la prosa es como el buen vino, que si se sirve en tosco vaso no parece tan grato como si se escancia en bella copa.

La imagen es exacta, gráfica.

Esa bella copa es la forma á que nos venimos refiriendo y que consideramos necesaria. Pero esa forma no es la rítmica, sino la que nos permite distinguir todas las condiciones y cualidades del buen vino, en tanto que la rítmica nosotros la compararíamos—con no menos exactitud—á una caja de música dentro de la cual se escanciara el vino, impidiéndonos ver el color de éste y notar su esencia olorosa.

La buena forma—la bella copa—es la que no oculta ninguna de las condiciones del pensamiento,—ninguna de las cualidades del buen vino—y antes bien las realza.

La mala forma es la que no nos deja sentir intensamente el pensamiento, ocultándonos con sus arabescos y detalles de orfebrenría. Linda copa: Pero el vino ni se ve ni se presiente. Lo que la ropa de las mujeres, respecto á la belleza del cuerpo.

Si se pudieran hermanar el ritmo y la sensación y belleza del asunto en sí mismo, sería la obra de los rítmicos encomiable. Pero esto no parece posible. Lo uno estorba á lo otro. Como los colgajos de los vestidos á la pureza de la línea, y los coloretes á la transparencia del cutis.

Hay que crear sensaciones.

Esto es arte.

EDUARDO G. GILIMÓN.

Sobre Enseñanza Racional

El hombre, así como las demás especies animales y vegetales que juntas integran el conjunto de la vida orgánica en la presente manifestación de la evolución del planeta Tierra, y hasta podríamos decir del Universo, no son, en esencia, más que diversas manifestaciones de organización de la materia terrestre, emergidas de las adaptaciones sucesivas a los diversos medios y ambientes que ha generado la inquebrantable evolución natural.

Si seguimos paso a paso el curso de la vida orgánica que nos ha precedido desde su origen, ó sea, desde que á causa de las condiciones por las que pasaba la materia terrestre en aquellas remotísimas épocas se combinan de un modo especial el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono para dar un principio al sublime ciclo de la vida organizada hasta la época en que vivimos, vemos que los seres vivos correspondientes á los diversos periodos y épocas geológicas difieren unos de otros en forma y estructura en escala progresiva, esto es: que al principio de la vida orgánica los seres vivos eran simples masas de materias y de forma irregular, organismos sin órganos como se ha dicho, y que ascendiendo en la escala de la vida á través de las diversas épocas y periodos, vemos á los que en ellos han vivido provistos de órganos que sus especies precedentes no tienen, esto es, que se han adaptado á los ambientes en que han vivido sucesivamente.

Luego, siendo el hombre producto directo de la evolución natural, todos los órganos que integran su ser son producto de las diversas adaptaciones, á los diversos ambientes en que han vivido todos sus antepasados, y, por lo mismo, el organismo humano es adaptable á diversos medios y ambientes tanto en lo material como en lo moral.

El cerebro, órgano adaptado á ser la clave de toda nuestra vida sensitiva y motora, se asimila tan profundamente todas las sensaciones que logran sensibilizarlo con intensidad, tan enérgicamente quedan grabadas en sus neuronas que, todas nuestras acciones, todos nuestros impulsos marchan al unísono y en armonía con aquellas sensaciones que han logrado grabarse con señales casi indelebles en las neuronas cerebrales.

En la sucesión de las generaciones los padres transmiten á sus hijos como herencia todas aquellas impresiones que han logrado sensibilizarlos intensamente en lo moral, y en lo material; legan también á sus descendientes aquellas manifestaciones

que han logrado adaptar á sus organismos. Esto aparte de lo que llevan ya en sí mismos como herencia de todos sus antepasados, que, con ligeras variantes legan por completo á sus hijos, los que á su vez se adaptarán nuevas manifestaciones que casi íntegramente transmitirán á sus descendientes, éstos á los suyos, y así sucesivamente.

Ahora bien, como la humanidad desde sus principios hasta el presente ha estado sumida en la ignorancia más intensa en lo que respecta á la Naturaleza, y además, ha estado por tantos siglos subyugada á la maldad infame de los astutos ó malvados que miserable é ignominiosamente la han tiranizado y explotado en su único y exclusivo beneficio, y, por otro lado, y á causa de su ignorancia, ha creído ciegamente que todas sus desgracias provenían de la voluntad de los ídolos y fetiches que su misma fantasía había creado, y que los creía y cree aún superiores á ella, atribuyéndoles un absurdo poder de hacerlo y deshacerlo todo á su voluntad y á su capricho, su organismo se ha adaptado tan profundamente á esta esclavitud embrutecedora moral y material á causa de las herencias y adaptaciones sucesivas transmitidas por todas las generaciones pasadas, que hoy la vemos, (á pesar de la gran extensión de la ciencia libre y grado de filosofía á que ha llegado el genio humano) pugnar por seguir degenerándose confundida con el horrible caos de la miseria, de la maldad, de la ignorancia absurda y de las penalidades y de los dolores continuados, en vez de libertarse y acabar de una vez y para siempre con todos los errores, horrores, maldades é ignorancia y vivir una vida libre, tranquila y feliz cual corresponde á un organismo de constitución superior, cual es, materialmente hablando la entidad hombre.

La enseñanza racional tiene por objeto enseñar y educar: enseñar todos los conocimientos humanos sin excepción alguna, siempre que estos conocimientos estén basados sobre la verdad demostrada de los hechos, y además sancionados por la ciencia que, como sabemos es la acumulación serena y real de todos los fenómenos y hechos observados y demostrados, pero enseñados, no como hasta el presente de un modo absurdo, irracional y antinatural que castra y mata en germen todas las energías é iniciativas elevadas, sino enseñados bajo método razonado, de indagación, de observación y de experiencia verdadera, y sin mistificación alguna en beneficio directo de sectas partidos ó tendencias.

Tiene por objeto enseñar la historia, pero de un modo escueto y verídico, tal cual ella es; no la historia particular y más ó menos adulterada de la vida de emperado-

res, reyes, caudillos, guerreros, y de batallas con los cuales se absorbe por completo la mente de los niños inutilizándolos así para las obras humanas, sino la historia de los pueblos, ya que son los únicos que todo lo han creado, la vida que han llevado, sus costumbres, su moral, sus religiones: todos los datos, en fin, que puedan compararlos, razonarlos, juzgarlos unos á otros, y así poder utilizar en todas las manifestaciones de su vida la experiencia de todo lo que les haya interesado en el estudio de ella.

Tiene por objeto enseñar á los niños que mañana formarán parte activa del conjunto social, á que no acepten nada ciegamente, ni porque lo diga tal ó cual persona, sino á que lo discutan, lo razonen y lo juzguen todo serena y desapasionadamente, y á que sólo acepten lo que su cerebro, libre por completo de prejuicios y convencionalismos religiosos, políticos, morales y sociales, les dicte buenamente.

Tiene por objeto enseñar en fin, el partido racional que pueden sacar de las artes y de todos los conocimientos políticos demostrados que hayan adquirido los niños razonadamente, y predisponerles á que mañana sean hombres instruidos y útiles, no á una entidad, á la política ó social en particular, sino á la humanidad entera, ya que al fin y al cabo de ella formarán activa parte.

En cuanto á la parte educativa tiene por objeto predisponer á los niños á que sean juiciosos, sinceros, á que se muestren tal cual ellos son, á que sean razonables, á que miren como malos, perjudiciales y en extremo degradantes todos los vicios, errores, horrores y maldades que en sí encierra la desacreditada y absurda organización social presente, á predisponerles á que puedan desterrar por completo de sí mismos todo lo insano y perjudicial para su organismo, y á predisponerlos, en suma, á que comprendan que la libertad y bienestar de la humana especie depende única y exclusivamente de la libertad y bienestar de cada una de sus partes.

Como se vé, pues, la enseñanza racional descansa sobre bases fundamentales de verdadera lógica, de riguroso origen científico, y de indiscutible método razonado y racional.

Y así habría de ser para que cumpliera perfectamente los fines para los cuales ha sido concebida, esto es: para que teniendo en cuenta la regresión operada en el organismo humano á causa de las adaptaciones y herencias sucesivas por las que ha pasado, sometido á un insano, corruptor y perjudicial ambiente, evite con indomable energía la degeneración completa de la especie; degeneración que se cierne sobre ella con pavorosa rapidez seguida de su intermina-

ble séquito de alcohólicos, sífilíticos tuberculosos, tísicos, degenerados, idiotas, neurasténicos, castrados, impotentes y toda esa turba de enfermos y desgraciados moral y materialmente que, como fruto macabro de lógica consecuencia, habían de dar de sí todas las sociedades basadas únicamente en la explotación inicua de unos á otros.

Supongamos una máquina cuyo mecanismo fundamental funcione irregularmente, esto es: que tenga un funcionamiento anormal, y la veremos degenerar notablemente en sus movimientos hasta que vendrá el desgaste total ó rotura de una ó varias partes esenciales anulando el mecanismo por completo si antes no acude un mecánico experto que, regularizando la parte esencial del mecanismo, lo ponga en condiciones de un funcionamiento normal para que así siga dando el producto para el cual fué construida.

Y como quiera que el organismo humano es un conjunto de mecanismos adaptados á sus funciones vitales y que juntos integran su manera de ser, si el mecanismo fundamental de la vida sensitiva y motora (el cerebro) funciona de un modo contrario á la ley de evolución, como no es un ser creado aparte del conjunto de la Naturaleza, su funcionamiento será anormal, esto es, antinatural; por cuya causa y por la ley fatal de evolución tenderá forzosamente á desaparecer, ya que no tendrá razón de ser en el progreso ascendente que genera la evolución natural que hace que todo se transforme evolucionando sin cesar.

El organismo humano, pues, degenera notablemente; prueba bien evidente de ello es el gran número de lisiados moral y materialmente que como sintoma bien alarmante de regresión, posee la humanidad. Y si no queremos que desaparezca, anulada, como merecido castigo á su error, por la Naturaleza misma, y confundida con el horrible caos de la confusión, la degeneración y la muerte, debemos oponer á la regresión el progreso para que así siga al hombre su marcha evolutiva en completa armonía con la Naturaleza de la que es parte integrante.

Es necesario; debemos hacer que lo antes posible desaparezcan por completo del cerebro de las generaciones que serán, todos los atavismos, todas las rutinas, todos los errores que como herencia degradadora nos han legado todas las generaciones que han sido.

Debemos hacer con indomable constancia que las generaciones infantiles se eduquen é instruyan bajo métodos que no estén reñidos con la Naturaleza si á todo trance queremos evitar que la desgracia, el error y la degeneración nos opriman fuertemente entre sus inmundos tentáculos.

Así y solo así haremos factible el antiguo pero real aforismo de los romanos: *Mens sana in corpore sano.*

Así y solo así, lograremos que el error, la superstición, la idolatría, la mentira, la ignorancia y la esclavitud se borren por completo de la mente de las generaciones que nos han de suceder en la vida.

Así y solo así podremos tener generaciones bien seleccionadas, ó sea bien adaptadas á saber ser libres moral y materialmente; generaciones que, cual torrente desbordado, socavarán los cimientos donde descansa la sociedad del error, de la mentira y del robo para derrumbarla de una vez y para siempre, reconstruyendo sobre sus ruinas la sociedad libertada donde cada hombre cifre su felicidad y bienestar en la felicidad y bienestar de los demás.

JOSÉ SAGRISTÁ.

Cosas de la vida

Mariana, la robusta lavandera que todos los lunes va á hacer su visita al sucio bodegón, llamado pomposamente Restaurant «La Bella Italia,» me ha hecho partícipe de una historia.

Historia triste y fría, terrible y angustiosa; historia en que está condensado todo el dolor que puede experimentar una madre ante la inminente pérdida del hijo de sus entrañas.

En el patio gris con tonalidades oscuras, allí, al lado de la tinaja chorreando agua sucia y jabonosa sobre sus flancos, en una mañana de este crudo invierno, entre risas que querían esconder las lágrimas que pugaban por brotar, dando expansión á su sentimiento de madre, cariñosa y ruda al mismo tiempo, pude oír de aquella mujer buena y simple cándida en su rústica bondad, verdades grandes como montañas, pequeñas páginas ignoradas de un sufrimiento gigantesco condensado en gritos y risas que parecían sollozos....

Hábiale preguntado yo por su hijo Julio, un muchado de unos catorce años, alto, flaco, tan flaco que según el decir de los muchachos del barrio, *parecía puro hueso*, el cual hacía tres meses que no iba á trabajar á la herrería de la vuelta, porque tenía una tos, pero una tos que daba lástima sentirlo.

—Yo he quedado viuda con seis hijos, todos chicos, cuando el finado fué aplastado por el fardo de pasto en la barranca de Maipú; ¿usted se acuerda?—me dijo á modo de preámbulo como para hacerme comprender mejor lo desdichada que había sido en su vida de hembra fecunda y trabajadora.

—Lavando en unas casas la ropa de familias ricas, y en los negocios, todos los santos días de la semana, pude á grandes fati-

gas hacer crecer á mis muchachos, llevarles un pedazo de pan á casa; de noche cuando volvía del trabajo de lavandera cansada como una burra, planchaba y remendaba la ropa de algunos paisanos y al mismo tiempo ponía la pieza en orden; y ahora que los muchachos trabajan, Pedrito en la fábrica de coches, María de modista en una casa de la calle Artes, y el pobre Julio me ganaba 1.60 al día en la herrería de Rabuffetti; á ahora que mando á Pepito y Ernesto á la escuela, se me enferma Julio, y según dice el doctor tendrá para un año en la cama.

—¿Si usted viera? ¡Ay Dios mío! Le viene una tos tan fuerte que parece arrancarle el pecho y después, escupe... y escupe sangre..!

Y me siguió contando entre sollozos, que al principio el doctor de la Sociedad le había recetado un remedio que le había calmado la maldita tos; pero más tarde volvió á venirle más terrible y despiadada, destruyendo poco á poco el cuerpo del pobre Julio, y dejándolo extenuado en la cama con los ojos hundidos y la faz livida, cadavérica.

—Y yo no puedo cuidarlo de día porque sinó no puedo comprar los remedios y ganarme el sustento para mis hijos, ¡Oh, que desgraciados somos los pobres!

Y el llanto inundó su faz de mujer del pueblo buena y ruda, al pensar en el hijo querido que la tisis le arrebatava lenta y solapadamente.

—La Sociedad no quiere más dar los medicamentos porque según dicen, en el reglamento hay una *cosa* que no permite dar medicinas extranjeras á los hijos de los socios.

El relato escueto, verídico y brutal en su sencilla desnudez, enseña lo que son las bellas palabras *bienestar, progreso, abundancia* etc.

Basta decirnos amigos lectores, que el pobre niño ha sido víctima de la expoliación de sus infantiles energías en el taller, que la madre es una de las innumerables mujeres obligadas á reventar trabajando para mantener á su prole, que carece-inaudita infamia- de lo más indispensable para la vida, y que una sociedad que engendra estas situaciones está destinada á reventar bajo el peso de sus injusticias.

¡Apresuremos nosotros el derrumbe!

ATEO PICCOLINI.



COMO TANTAS.....

Centellean los rayos de la naciente aurora sobre el verdoroso manto de las campiñas extendidas hasta el lejano horizonte.

Las golondrinas volando á ras de tierra recojen en sus picos el néctar depositado por el rocío, en las florecidas gramíneas, y que evaporándose con el calor solar impregna en las raíces su humedad despidiendo aromáticos perfumes.

En el tupido cerco armonioso y nítido óyose el cantar del gilguero que salta de rama en rama; mientras sale de él en dirección al sembrado, el vivaz gorrión empezando su dañina y á la vez que benéfica tarea de dar caza á todo insecto que se pone al alcance de su pico.

Las sonoras combinaciones de la naturaleza riman en el silencio matunino animando al labriego que en tan temprana hora ha afirmado ya su hérculeo brazo sobre el arado surcando buen trecho.

La larga carretera va arrullándose, por la densa polvareda que levanta el viento, permitiendo á penas divisar una carreta que al dormido paso de cuatro bueyes ostigado sin compasión, por la picana avanza lentamente.

La melodía de una canción popular interrumpida á instantes, por el sordo sonar de los cencerros óyese acercarse desde lejos con la suavidad de brisa vespertina.

¡Himno sagrado que entona el regocijo del vivir al trabajo y á la estación que tantos encantos brinda!

Viene cantando Martina, la joven pastora que sigue la pequeña tropa de bovinos apurando á aquellos que se detienen á cada paso ó cambian de dirección atraídos, por la tentadora plantecilla ó la cepa de yerba que germina á los costados de la carretera.

Ella va alegre y feliz, rastreando el terreno donde vegeta más nutritivo el pasto, para alimentar los animales que son su suerte.

Así, contento nadie busca, ni la buscan aunque mucho atrae su profunda mirada que aviva el candor de su pupila bruñida, por los fuertes rayos del sol como sus tostadas carnes.

Sola, descansando bajo del coposo árbol teje calceta y mira pastorear.

Mientras, pasa junto á ella en compañía de su prometido una amiga, más no envidia su amor; se acerca un labrador muy feliz también, le dirige una broma respetuosa y sigue su camino. Martina lo acompaña con su mirada y en sus labios asoma la sinceridad de su dicha una expansiva sonrisa.....

La anchurosa y larga carretera que tan animada viéramos en la pasada estación, está ahora brumosa y desierta.

Por sus aceras corre á torrentes el agua turbia que las copiosas lluvias han depositado después de destruir las sementeras.

El labrador mira confundido el desolado cuadro de la desastrosa campiña y suspirando con resignación convoca su fé.

Su fé religiosa que al reemplazarla, por la que tienen al trabajo denota mala señal en los campesinos.

En verdad, la temporada pasada ha sido terrible. La naturaleza no ha querido ser pródiga á sus esfuerzos.

Ha descencadenado sus furias sobre los sembrados, en el altar de sus fatigas, afanes y esperanzas.....

En vano las mira.

No las verá florecer ya, como la exuberante vegetación de las primaveras anteriores.

Solo ve cruzar el campo entre el espeso velo de la cerrazón uno que otro animal que huye hambriento en despavorido galope.

Como tiburones al rededor del buque naufrago rondan los amos ricos por su casucha. Estan pronto á prestarle ayuda..... Solo mediante la garantía de confizar los frutos que volveran á producir esos terrenos dentro de los primeros diez ó quince años.

¡Y ya no le devolverá nadie al pobre labrador, ni la omnipotencia de aquel que invocara su fé, ni lo que le había costado el trabajo de toda su vida, para conseguir!

Intentar para recuperarlo es inútil. Tendría que aceptar recursos en las condiciones ante dichas.

¿Emigrará?

¿Pero se puede empezar una nueva era de trabajo confiando en el bienestar de un día á los sesenta años de edad?

¿Demasiado triste es el tránsito de esa vida!

¿Acaso le salvará el pensamiento que más le desconsuela?

Piensa en Martina.

¿Emigrará ella?

Sí. Es joven y fuerte, tiene derecho; la reclama la vida.

Se lanzará á la lucha, por la existencia en tierra lejana, allá, allende los mares fuera de la Ibérica península, lejos de las llanuras de Andalucía.

Iran robustecidas sus fuerzas, por el recuerdo cariñoso del viejo que necesita de su ayuda pronto, antes de caer á los pies del arado.

No hay más.

Con las pocas pesetas que quedan se pagará el pasaje de Martina para la América.

Hace poco han salido otras jóvenes de la aldea y han girado muchos duros.

Martina hará como ellas, allá sentará plaza y se hará mujer.....

Entre el inusitado movimiento del puerto y las diestras maniobras de la tripulación

atraca el «Cap Arcona» en la dársena de nuestro puerto.

Desde la proa atestada de humildes viajeros salen gritos destemplados, miradas ansiosas, lloriqueos y risas.

¡Aquello es una rebelión de espíritus humanos provocada, por las frenéticas ansias de arribar á destino!

Llamados al orden, por las autoridades de abordaje; los más pueden ver colmadas sus aspiraciones y desembarcar relativamente pronto.

Solo quedan sobre cubierta unas cincuenta personas, hombres mujeres y niños de todas las edades; son los emigrantes que esperan ser entregados al empleado de la repartición que debe acompañarlos al hotel...., para ser desde allí enviados á destino, algunos con menos detención quizás que la que se acostumbra prestar en el despacho de una encomienda.

Confundida entre ellos, sentada sobre su equipaje compuesto, por una bolsa y una valija, está Martina, mira callada y con aire risueño por todas partes.

Además de las novedades que la rodean en esta tierra nueva, para ella, quizás la distrae también la confianza que tiene en sí misma, en su voluntad al trabajo.

Por eso se siente casi contenta.

Lleva Martina un año de América.

Empieza á tener gusto en elegir sus vestidos y prefiere la lana al percal.

Sirve en casa del doctor.... desde su llegada y habiendo prestado atención á las instrucciones de la señora adquirió presteza y modales.

Cuesta creer que era una gozada.

No se muestra ansiosa, como en los primeros meses de su llegada, para recibir noticias de su padre. Le ha girado cien pesetas y no le apura ya nuevo giro, ni mucho la intranquiliza el no tener noticias suyas desde dos meses.

Su cariño ahora, no es solo para el padre lejano.

Quiere á Julito, y este otro cariño reemplaza á aquel sin que ella alcance á diferenciarlo; porque el niño mayor de la casa es bueno. La ha besado. Le prometió muchas cosas....

Es muy condescendiente, le pide por favor lo que necesita sin ser exigente como los demás.

Por la mañana, cuando va á su cuarto á servirle el café, lo rehusa ofreciéndoselo.

La obliga á que lo beba.

Todas esas manifestaciones las recibe ella perturbada como sinceras pruebas de afecto; no alcanza á comprenderlas, llega hasta forjarse ilusiones.....

¡Pobrecita!

Ha llegado el momento en que la ocasión

brindó al niño que estaba en acecho, la oportunidad de pedirle retribución de sus atenciones.

¡Que sabe ella!

Cediendo al impulso de un beso traicionero se presta á ser víctima de la infamia de su amito que, por primera vez, empieza á conocer y comprender.....

Convaleciente con las huellas marcadas en su demacrado y pálido rostro, camina Martina sin rumbo fijo.

Hace media hora que salió del hospital.

Lleva en los brazos á su hijo, el fruto de su inesperienza.

Solo tendría un camino, para seguir, una puerta donde golpear: la del padre de su hijo; pero pensar en eso es una locura.

¡De que serían capaces los padres de Julito!

El nene llora.

Se sienta á descansar en el umbral de una puerta ofreciéndole el poco abundante alimento de sus senos.

Lúbricas miradas hechan sobre ella los transeúntes, y ruborizada por la atención inconsciente que llama en su tarea maternal la abandona.

¡Ocurrénsenle ciertas cosas!..... Como nunca la saltan, después de tanto, la visión de los encantos del terruño.

Recuerda el árbol por ella preferido para descansar cuando su rebaño pastoreaba; la bondad de aquellos que la dirijen bromas muy diferentes de las que acababa de oír, cuando pasaron junto á ella.

Su hijito llora, tiene hambre y frío, necesita calor, el calor de la cuna del que no solo carece, sino también del techo que lo resguarde.

Piensa en su desesperación muchas cosas la desdichada Martina y reclinándose sobre su hijo desimula secándose las lágrimas que abundantes ruedan por sus mejillas.

En ese momento pasa junto á ella una joven elegantemente vestida y cuyo desahogado lujo, llama la atención de todos.

Pregunta la desconocida con acento extranjero á Martina, que es lo que le ocurre.

Tiene recelo en contestar; más, por piedad á su hijo le narra en breves palabras su triste historia.

Finge ó siente compasión, por Martina, é invita á seguirla.

Los desvelos de Martina han concluido.

Tiene buenos abrigos su hijo y le cuida robusta y prolija ama.

Ella se ha repuesto completamente.

Casi olvidó sus penas y la muerte que le comunicaron de su padre concluyó con la única zozobra que algunas noches interrumpía su sueño.

En esa casa no sufre los sinsabores del deber y cuenta mucho dinero, que percibe por su trabajo menos material.

Allí no se lavan platos, pisos, ni ropa, ni se comen las sobras en la cocina.

Se sirven viandas escogidas y en suntuoso comedor.

Los visitantes le dicen que es bonita y ella ya no sabe á que recursos apelar, para agradar mejor.

No le falta nada, es completamente feliz.

Pasa los días enteros en brazos de los hombres y también sin ningún temor, en los de Julito, el padre de su hijo.

PERZTIO SEININOS.



Puchos

J. Specini
116

ECRAD A LOS ROJOS

De Mother Earth (Tierra Madre).

No hay nadie que se interese por la ley y el orden público en este país que pueda tener duda respecto á la significación de la palabra «Rojos». Los Rojos son aquellas personas que por sus palabras ó por su conducta tratan de hacer desprestigiar la ley, demostrando su completa inutilidad para conservar el orden, ya violándola con impunidad ya desafiándola abiertamente ó en secreto. Como todos saben, el término se deriva del hecho que los socialistas y los anarquistas llevan una bandera roja como símbolo de ciertas ideas. Por mi parte yo no soy muy amante de los símbolos, porque he observado una tendencia en el animal humano á olvidar las ideas para las cuales figuran los símbolos, y á acariciar los símbolos con una devoción supersticiosa que nunca se concedería á las ideas. La Cruz es un buen ejemplo de la pérdida de una hermosa idea en el símbolo. Si yo fuera socialista ó anarquista, dejaría del todo la bandera roja por temor de llegar á adorarla, y á darle más importancia que á la idea de que todos los hombres son hermanos. En esta cuestión es interesante observar el papel jugado por la hermosa bandera americana en la vida del pueblo americano. Solía representar la libertad en las mentes de todos; pero ahora representa el gobierno. Se estremecían los corazones involuntariamente á la vista de las estrellas y bandas. Ahora se enseña á los niños á adorarla, y á sacar sus gorras al verla á gobernantes, políticos, periodistas, policianes, capitalistas y clero, no saben que hay una diferencia entre anarquistas y socialistas; ni saben lo que quiere decir anarquista ó socialista. Por consiguiente les clasifican juntos por conveniencia, y hacen uso del término «Rojos» como un recurso para ahorrar trabajo. Esto es igual á confundir las palabras ideal é idea. Y eso sugiere la noción de que el anarquismo, se puede decir, es un ideal y el socialismo una idea. En cuanto á la bandera roja puede ser que me equivoque, pero me parece que pertenece más á los Socialistas que á los anarquistas, puesto que los socialistas se han organizado en un partido con una plataforma de principios y un cuerpo gobernante; de manera que están en condiciones de realizar el acto definido de apropiarse una bandera; mientras que los anarquistas como tales no tienen organización y repudian la autoridad de cualquier cuerpo con pretensiones de hacer algo por ellos, y en consecuencia no pueden prohibir una bandera, ni hacer otra cosa en nombre del anarquismo. Además de to-

po eso, los anarquistas marchan en una dirección y los socialistas en otra completamente contraria. Si la bandera roja pertenece á los socialistas, entonces se comete una gran injusticia en la aplicación de la palabra para calificar á los violadores de la ley; pues los socialistas quieren someterse á ella. Sean cuales sean sus fines, quieren conseguirlos por medios legales y constitucionales. Puede haber individuos entre los socialistas que violan la ley, como puede haber cristianos que mienten y roban y matan. Pero estas personas no son representantes y no dan ni quitan carácter á los cuerpos á que pertenecen. En todo caso, los socialistas no son Rojos en el sentido de ser violadores de las leyes.

El anarquismo, según lo entiendo yo, es una filosofía de la vida basada en la idea de que la libertad es esencial al hombre para su mayor desarrollo. El anarquista cree que la fuerza organizada para compeler al individuo en ciertas líneas de conducta es la cosa más funesta imaginable; por consiguiente se opone á la fuerza en este sentido. El gobierno es la fuerza organizada y existe, no para el beneficio de la Sociedad, sino para el beneficio de ciertos individuos que se han posesionado de todas las cosas necesarias para la vida, y que pueden mantener su posesión solamente por medio de la fuerza que representa el gobierno. Por esta razón los anarquistas se oponen á todo gobierno. Pero no hay ningún anarquismo autoritario, y ningún anarquista puede decir para otro lo que este cree. Es aceptado, sin embargo, generalmente, es lógico, que un anarquista rechaza la fuerza con la fuerza; adoptar otra conclusión sería como conceder que el grado de existencia más deseable sería el de la igualdad. Cuanto más pronto estoy para repeler un asalto ó una invasión, tanto más seguro parece ser que pueda apreciar y comprender la libertad; pero también tanto más cuidadoso á no resfringir la libertad de mis semejantes. No puedo comprender la libertad sino viendo que los otros sean tan libres de mí, como yo de ellos.

El anarquismo es el culto al «metete en lo que te importa». Es el culto al egoísmo ilustrado. Es el culto á la paz sobre la Tierra y la buena voluntad para con todos los hombres. Tiene cierta semejanza á un cristianismo sublimado; pero la semejanza es trivial. Es una filosofía mucho más alta y noble por ser basada sobre la fé en el hombre y no en una falsificación del hombre. Hasta la regla dorada de Cristo, que el cristiano considera el más hermoso de los preceptos, al mismo tiempo que dice ser impracticable, palidece ante el precepto más profundo del Anarquista. Cristo y Budha quinientos años antes de Cristo, dijeron que

la regla de la vida debe ser eso, de hacer á los otros lo que quisieres que ellos te hicieren á ti. Confucio, más ó menos, en la misma época de Buda, llegó prácticamente á la misma conclusión, solamente lo expresó de un modo negativo, diciendo: No hagas á los otros lo que no quisieres que ellos te hicieren á ti. Pero el anarquista vuela á una sublimidad no imaginada por ninguno de ellos. El dice: «Haz á los otros solamente lo que ellos quieren que hagas.» «Métete en lo que te importa» Y es notable que mientras el cristiano considera que en la práctica la regla de oro es disparatadamente imposible el anarquista considera que solamente el precepto suyo, tan superior, es posible ponerlo en práctica con éxito feliz; pero que el hombre es constituido de tal manera, que una vez libre para declararse libre de toda sujeción, llegaría á él por el procedimiento sencillo de perseguir la felicidad con inteligencia. En otras palabras, el anarquista mira á su precepto como un gula seguro hacia la felicidad, practicable en todos los asuntos de la vida, desde los más ordinarios hasta los más sublimes; mientras que el cristiano mira á su precepto como una especie de droga que se administra á la majada mientras que se la esquila.

El anarquista se opone al empleo de la fuerza. Su oposición á él es ésta: que es imposible conseguir la paz por medio de la violencia; y como desea la paz sobre todas las cosas, rechaza todo que lo retarda su advenimiento. Naturalmente, por la misma razón de no agradaarle la violencia puede comprenderla mucho mejor que los partidarios de la violencia. Sabe como diferenciar entre la violencia ofensiva y la defensiva; y comprende la necesidad importante de explicar un acto de violencia de manera que su causa pueda comprenderse, con el objeto de que un acto semejante pueda evitarse en el futuro. El Anarquista, por ejemplo, no se contentaría con decir del hombre que tiró la bomba en la Plaza de la Unión. «La tiró él, y por eso debe ser ahorcado». Al contrario, diría que un acto tan terrible debe ser explicable. Vamos á descubrir el porqué el tirador de la bomba perpetró el acto, para poder obrar de un modo inteligente. Trataremos de suprimir la causa de la violencia cuando podamos.

Hasta investigar el asunto, ¿cómo podemos estar seguros de que el acto de violencia del hombre no respondía á otro acto de violencia menos justificable? Tenemos que diferenciar entre los actos de violencia, ó si no ¿cómo podremos distinguir entre la guerra emprendida entre dos naciones y una ejecución en una prisión del Estado? ¿Cómo podremos distinguir entre el asesino que se esconde en la oscuridad para ro-

bar y asesinar, y el transeunte que se defiende y mata al asesino? En fin, el anarquismo quiere inducir á los hombres á investigar sobre la violencia, pero les enseña á abstenerse de cometerla. Les hace comprender que ninguna violencia es justificable sino aquella necesaria para repeler la invasión, y que en este caso todavía lo menos posible sería lo mejor.

Se dice que hay diferentes clases de anarquistas, pero me parece una afirmación engañosa, aunque en cierto sentido sea verdad. En todo caso, todos los anarquistas deben convenir en reprimir el uso de la violencia, ó tienen que abandonar su creencia en la libertad como el estado ideal del hombre. Para mi modo de ver, el anarquismo significa la negación de la violencia. No veo como puede significar otra cosa. Es verdad que los anarquistas se desacuerdan en sus concepciones respecto al mejor modo de hacer uso de la libertad cuando lleguen á tenerla. Algunos anarquistas se llaman individualistas para diferenciarse de otros que se llaman comunistas. Eso quiere decir que algunos hombres creen en la competencia como conducente á la salud social, mientras que los otros creen en la cooperación. Hay otros modos de diferencia entre los anarquistas, pero todos están de acuerdo que lo esencial de la libertad consiste en no entremeterse unos con otros, y eso, á mi parecer, excluye la posibilidad de que un anarquista pueda creer en la violencia.

Si tengo yo razón, entonces á los anarquistas no se les puede llamar Rojos en el sentido que se usa la palabra en los diarios. Los Rojos son hacedores de violencia, infractores de las leyes. El término se debe al color de la bandera, que se supone el predilecto de los socialistas y de los anarquistas; pero se ve claramente que su uso se basa en la noción de que los socialistas y anarquistas, como tales, son hacedores de violencia ó infractores de las leyes del país. Pero no es verdad, respecto á socialistas y anarquistas, que ellos, como tales sean hacedores de violencia ó infractores á las leyes; así es que el nombre es mal aplicado en la descripción de ellos. Es verdad que hay hombres en este país organizados para hacer violencias á sus semejantes, y que son infractores á las leyes, y yo como buen ciudadano les señalaré á la policía, á los diarios, y al clero, para que estos cazadores del mal y la corrupción, de la violencia y de la infracción á la ley puedan dirigir sus energías en la dirección más justa y recta.

Los socialistas tienen una teoría económica que están muy lejos de guardar secreta. En verdad están gritándola siempre desde los tejados y desde las encrucijadas. Invi-

tan á la indagación, desafían los argumentos, demandan hacerse oír. Creen en el voto, en la acción política; sus teorías pueden ser muy desagradables para los que se benefician del sistema existente, aun cuando sean comprendidos, lo que es raro; pero en todo caso proceden regularmente y en conformidad con la ley. Los que no están de acuerdo con ellos y sus teorías pueden combatirles en el buen modo previsto de la Constitución. No siendo yo socialista, no estoy bien enterado de sus asuntos, pero me interesa bastante en ellos; he leído mucho respecto á ellos, y todavía me falta saber de una sola ocasión en que los socialistas haya cometido un acto de violencia inicial. Hombres que se llaman cristianos, pueden cometer crímenes; hombres que se llaman socialistas y anarquistas pueden practicar actos de violencia; no se prueba nada con eso; muchas causas están constantemente en operación para inducir á los hombres á hacer cosas á que son teóricamente opuestas. Un hombre muy contrario al robo, puede, sin embargo, robar un pan para salvarse de la muerte por el hambre. Un hombre opuesto á la violencia, dar curso á su impulso de venganza. Un hombre, al mismo tiempo que cristiano puede ser soldado; y un hombre además de ser socialista ó anarquista, puede ser revolucionario. El hombre, como cristiano puede comprender que es malo matar; y sin embargo á la palabra de orden pueden asesinar por docenas. Y la parte cristiana del hombre siempre justifica, aun cuando no se regocija, en los asesinatos del soldado. Sin embargo es anti-cristiano matar. De la misma manera un anarquista, creyendo en la paz, puede ser revolucionario y hacer actos de violencia. Los hace, empero, como revolucionario, y nunca como Anarquista. Hay que tener cuidado en no juzgar la filosofía por la conducta de un creyente en la filosofía. Unos de los motivos por los que se inculpa el anarquismo injustamente, es que la palabra ha sido usada en el sentido de desorden. Así está comprendido por la mayoría de las personas—aquella misma mayoría que confunde el anarquismo con el socialismo.

Pareceles á ellos una cosa muy sencilla. Dicen: «Anarquía quiere decir desorden ó infracción á las leyes. Cuando uno hace desorden y desobedece la ley tira bombas; los anarquistas y los socialistas son lo mismo; marchan los dos hacia la destrucción de la Sociedad, bajo la bandera roja; por eso; ¡fuera los Rojos! He pensado á veces así que los diarios lo sabía mejor, y que á sabiendas, calumniaban perversamente á los socialistas y anarquistas; pero desde aquello de la Plaza de la Unión he concluido por saber que merecen el crédito de su igno-

NUESTRAS PUBLICACIONES

EL DESPERTAR

Oficina: AZARA 1379

Numero suelto \$ 0.10

GERMEN

Revista Quincenal

Oficina: LIBERTAD 358, Departamento 5º

Número Suelto \$ 0,15

LUZ AL SOLDADO

Periódico antimilitarista

Oficina: Calle SUPERÍ 1372

Suscripción voluntaria

LA MENTIRA

Revista semanal

Oficina: CALIFORNIA 1360

Número suelto \$ 0,10

Rumbos Nuevos

— PERIODICO —

EINZ ROY 226
BAHIA BLANCA

TIERRA

— PERIODICO —

JUNIN y CAACABUCO
F. C. P.

LUZ Y VIDA

PERIODICO

CALLE OLAVARRIA 363

VIA LIBRE

PERIODICO

CALLE ENTRE RIOS 1260
ROSARIO

GERMINAL

PERIODICO

SAN PEDRO (F. C. R.)

Pensamiento Nuevo

— PERIÓDICO —

MENDOZA

NI DIOS NI AMO

— PERIÓDICO —

TUCUMAN

EL PROLETARIO

— PERIÓDICO —

RODRIGUEZ PEÑA 25
CÓRDOBA

LA RAFAGA

PERIODICO

PARANA

CIGARRILLOS

“DIVA”

HABANO de 20 cts.

Por 100 figuritas de las que contiene cada paquetito regalamos 1/2 doc. de espléndidos retratos en targetas postales de la persona que las presente. Este regalo es a más de los muchos premios que están en exhibición en nuestra exposición de la calle Alsina 1241-43 y que recibimos directamente de Europa. No se olviden visitarla para su convencimiento.



* * *

CIGARRILLOS

“BARRILETE”

A 10 cts. TODAVÍA . . .

APROVECHEN . . .

Siempre son y serán los únicos elaborados con tabaco Habano y Bahía aceptando cualquier desafío al que pruebe lo contrario. Observen también que el cigarrillo BARRILETE es el de mayor venta en la República : : :



RODRIGUEZ Y D'AMICO

ALSINA 1241-43 BUENOS AIRES

No olviden que el cigarrillo de 10 ct.

VENUS

Siempre lleva premios de gran valor



!Escuela Moderna

Secretaría Olavarría 363

Funcionan las clases nocturnas en los siguientes locales:

Olavarría 363 los Martes y Viernes de 7 á 9 p. m.

Uruguay 115, los Lunés y Jueves á las mismas horas

Proximamente funcionarán otras en diferentes locales.

Esta Escuela publica un Boletín Mensual que remite á sus asociados y se halla en venta en todos los Kioscos al precio de 0.5 cents.

DIRECCIÓN OLAVARRÍA 363 — BUENOS AIRES

Agencia Internacional de Publicaciones y Casa Editora

- DE -

ELVIRA FERNANDEZ

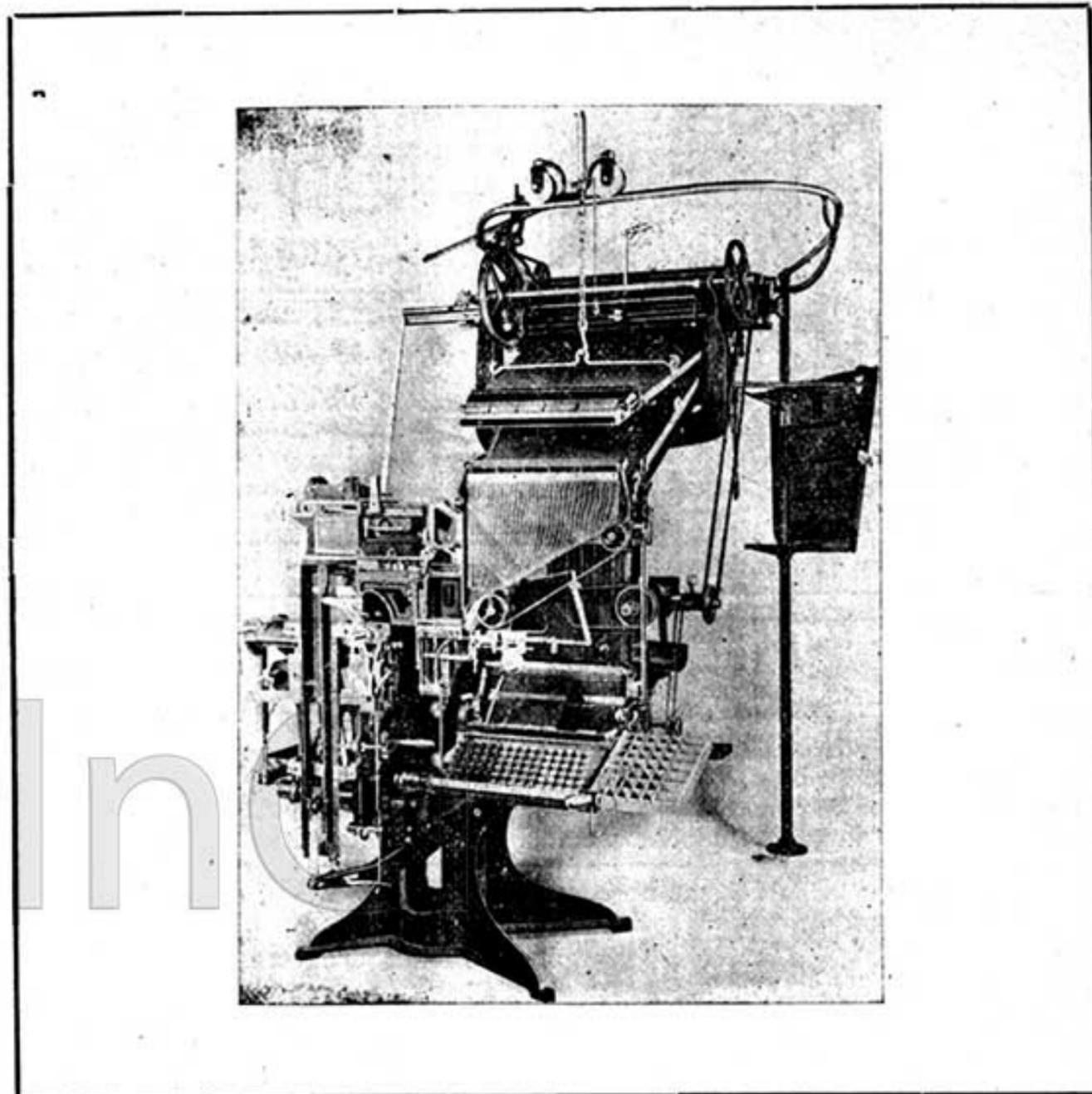
BUEN ORDEN 1410

BUENOS AIRES

En esta casa se hallarán en venta los siguientes Periódicos de España: Tierra y Libertad, El Rebelde, Páginas Libres, Solidaridad Obrera, Boletín de la Escuela Moderna, Tierra de la Habana, Humanidad de Valencia, Salud y Fuerza. de Italia: La Protesta Umana, La Pacea, La Alianza Libertaria, La Guerra Social, El Libertario. Il Pensiero, La Università Popolare, de Buenos Aires: La Mentira, Germen, Luz al Soldado, Luz y Vida, Via Libre, El Despertar y muchos otros que no detallo por su extensidad; gran cantidad de folletos en Español é Italiano, surtido completo en libros de Sociología. Se reciben suscripciones á la importante obra de Eliseo Reclus: El Hombre y la Tierra. Gran depósito de libros de la Escuela Moderna de Barcelona. Se encarga de conseguir libros de todas clases y actores.

TODOS LOS PEDIDOS DEBEN VENIR ACOMPAÑADOS DE SU IMPORTE

No olvidarse BUEN ORDEN 1410



Máquina Linotipo

Con el fin de adquirir esta maquina para «La Protesta» se ha iniciado una lista de subscripción á la que todos deben de contribuir.

La correspondencia á nombre del Comité «Pro-Linotipo»

Libertad 837-39 -- Buenos Aires

tribunales todos han caído en sospechas de ser Rojos. Sabemos de ciencia cierta que nuestros legisladores son, en su mayoría Rojos. La constitución de este Estado dice que los juegos de azar no serán permitidos, y no obstante eso, una legislatura roja sancionó una ley dando privilegios especiales de juego á ciertos Rojos, cuyo jefe es Belmont. El juego por dinero en las carreras está prohibido por la Constitución y permitido por la ley. Eso me parece á mi muy rojo. Nuestro Gobernador—como realmente es honrado—dijo que el juego de azar era inconstitucional, y trató de hacer derogar la ley; pero los Rojos tenían el poder en el Senado y el juego continua en las carreras. Unicamente, ahora es un poco más moderado, pues no se permite jugar á los niños, lo que vale decir que se les permitía antes. Cuando el pánico comercial, se nombraban administradores para los bancos en suspensión de pagos y los depositantes andaban muy excitados, tratando de deshacerse de los jefes administradores diciendo—cosa bien sabidas de todos—que si los administradores fueran permanentes, no quedaría más dinero en los bancos. Los administradores deben ser Rojos, entonces y no digo nada del hombre encargado de sus nombramientos.

Salió la noticia el otro día en los diarios, que las autoridades federales habían arrestado a unos cuarenta Rojos, y que iba á deportarlos. He leído algunos de los nombres y no he podido encontrar entre ellos á Ryan, Belmont; Morgan ni Rockefeller, ni ninguno de los Rojos que, según dicen los diarios, han estado violando las leyes tan impunemente, robando el dinero de las pobres víctimas que tenían sus ahorros invertidos en seguros, en metropolitanos ó cualquier otro de los negocios explotados por el pequeño círculo de Rojos que tiene la riqueza y el poder del país en sus manos, y hace uso de los dos para corromper la magistratura, comprar las legislaturas y los funcionarios de toda clase, haciendo así una farsa del gobierno popular, y despreciando y deshonrando la ley. ¿Y porqué no figuran estos Rojos en la lista de los deportados? ¿Será porque no hay ninguna ley para deshacernos de ellos? ¿Porqué no hacer una ley entonces? Ah! es que estos mismos Rojos son los que determinan cuáles serán las leyes que tendremos y que ellos infringirán. Realmente no haría diferencia ninguna si pudiésemos conseguir hacer leyes para echar á los Rojos del país. Su ocupación es de infringir las leyes que no les convienen, y tienen el poder en sus manos para hacerlo, de manera que nosotros, los blancos, somos impotentes para hacer cualquier cosa. Cuando la propiedad, que ha sido robada por los Rojos, se halla amenazada

por la gente de quien ha sido robada, la policía ó el ejército recibe orden de salir á protegerlo; es decir, á guardarla segura en manos de los Rojos. Y al hablar del ejército, me hace recordar que este país nuestro, gobernado por nosotros para nosotros, gasta más dinero en el presupuesto de guerra que ningún otro país del mundo. Eso es algo duro para los anarquistas que no quieren la guerra ni la violencia; pero conviene muy bien á los Rojos que están violando las leyes para mejor explotar al país. Es realmente espantoso contemplar como los Rojos tienen todo en sus manos, como infringen las leyes impunemente.

No tenéis más que hacer que leer los diarios, y escuchar los sermones, y sentir las palizas de la policía para constatar que cosa terrible es infringir las leyes. Y no obstante esos Rojos hacen de ello la ocupación de su vida. En todas partes, en la vida pública y en el mundo de los negocios, es la misma cosa; los Rojos están en el poder, violando las leyes, saqueando ferrocarriles y compañías de seguridad, robando á derecha é izquierda, haciendo todo para conseguir más poder y riqueza. Cuando Harriman hizo el robo tremendo de Alton, le era necesaria la legalización de él, antes de poderlo utilizar en su beneficio; por eso vino á N. York y consiguió de la legislatura una ley sancionando sus títulos sin valor como una inversión segura para los bancos de ahorros. Y el Gobernador Roosevelt firmó la ley. Es verdad que el presidente Roosevelt no saluda ahora á Harriman. No hay cosa que sorprenda más á una persona honrada y fiel, un verdadero anarquista, por ejemplo, como el modo que las leyes están infringidas constantemente por los Rojos, que al mismo tiempo continúan gritando contra los infractores de la ley. Ahí está el Presidente que juró hacer respetar la Constitución y manda decir al departamento judicial del gobierno que quiere hacer excluir del correo cierto diario. No tenía una idea de lo que iba á salir en los números todavía sin publicarse; pero todos fueron excluidos porque no le gustaba lo que había en un solo número. Eso fué inconstitucional ¿pero que le importaba á él? La constitución no parece tener ningún valor para los Rojos. También el presidente licenció toda una compañía de un regimiento de negros, porque algunos de ellos caían en sospechas de haber cometido un crimen. E insiste en que los que sean inocentes presenten pruebas de su inocencia antes de permitir que regresen á las filas. ¿Quién sería capaz sinó un infractor de las leyes, de ordenar á un hombre á probar su inocencia para evitar el castigo? Nadie. Sólo un infractor confirmado, un Rojo teñido en la lana es capaz de hacer semejante cosa.

Ultimamente los diarios se regocijaban inmensamente por el arresto de las cuarenta personas que iban á deportar, porque se había descubierto que no creían en ningún gobierno. Es claro que los Rojos, que tienen el dominio en este país no quieren que personas de inteligencia entren en él, pues una persona con la más pequeña inteligencia no dejaría de ver las iniquidades que se practican; pero parece que es llevar las cosas muy lejos eso de esperar que una persona viniendo de Rusia pudiera ser veraz y decir que cree en el gobierno. Por el otro lado una persona que viene de Rusia creyendo en el gobierno, debe ser de la verdadera materia de que se hacen las víctimas fáciles. Y lo que necesitan los Rojos más que otra cosa, son víctimas. Tienen que tenerlas. Algunos tienen que respetar las leyes. Es fácil imaginar como, cien años antes, los americanos habrían llenado los desembarcaderos para dar la buena venida á los refugiados de Rusia; y si tuvieron deseo de rechazar á algunos de estas playas serían los débiles de espíritu y estúpidos capaces de llegar escapando de tan espantosa opresión y tiranía y decir que creyeron en el gobierno. Cuando el gobierno se manifiesta como hace el de Rusia, ¿cómo puede uno, con el más mínimo espíritu viril, decir una palabra en su favor? Cien años antes podríamos haber dicho á los inmigrantes que declarasen su incredulidad en el gobierno; «Esperad hasta poder probar el gobierno del pueblo, por el pueblo, y para el pueblo. Decís que no creéis en el gobierno; muy bien; decidnos porqué. Queremos aprender todo respecto al gobierno para poder cambiar en el nuestro todo lo que no sea bueno. Queremos llegar á un grado tan alto de mérito individual y confianza en nosotros mismos que podamos arreglarnos con lo menos posible de gobierno. Decidnos, pues, libremente, lo que sean vuestras ideas, y porque no quereis tener gobierno. Nuestra Constitución es tan liberal que nadie debe tener recelo en hablar libremente. Somos una nación joven, pero sabemos que nada bueno resulta de la supresión de la verdad. Sí, en cambio, tenéis mentiras que decir, sabemos que el mejor modo para hacerlas conocer como tales, es decir las claramente, de modo que todos puedan oirlas.»

Ese debiera haber sido el modo en que americanos francos, respetuosos de la ley y del orden habrían hablados; pero no así los Rojos. Este ya no es un país de palabra libre y esfuerzo libre. Ya no es un país gobernado por el pueblo. Ahora lo gobiernan los Rojos, unos de los cuales se llaman las clases gobernantes, y los otros capitanes de la industria. Pero sean como sean sus nombres, son siempre infractores

de la ley, siempre Rojos. Y las dos clases de Rojos hacen el caldo gordo unos para otros. Los capitanes de la industria reúnen grandes sumas de dinero para que la clase gobernante se mantenga en el poder; y la clase gobernante presta el ejército y la marina y los tribunales para defender á los capitanes de la industria contra el pueblo ultrajado que están robando.

Y los dos, al mismo tiempo, declaman siempre sobre la santidad de la ley. El juez que debe su posición en la judicatura á los capitanes de la industria; pronuncia un fallo injusto para favorecer á sus patrones, mientras que declara solemnemente que los infractores de la ley son los enemigos del país; practica el mismo artificio que el ladrón que huye gritando: «Atajad al ladrón». Sirve para distraerle la atención de si mismo. Yo no me atrevería á decir estas cosas, si no fuera que cuando los Rojos se disgustan entre ellos dejan ellos mismos saberlas. El Presidente dijo poco menos lo que yo digo ahora en su mensaje célebre de hace poco tiempo; y uno que otro de la clase gobernante han dicho las mismas; en cuanto al pueblo, hace mucho que las ha sabido. Los gastos de la campaña electoral del Presidente se pagaron de los caudales de las compañías de seguros y las corporaciones; las legislaturas se llenan de hombres que han sido puestos en ellas por los Rojos para hacer las leyes que les convengan. Y naturalmente una ley cualquiera que conviene á un Rojo no puede ser menos que perjudicial al pueblo.

Es cosa conocida hace ahora muchos años que el senado federal es una fortaleza de los Rojos, y nada puede demostrar tan bien el poder de los Rojos como el hecho que no obstante escándalo sobre escándalo, revelación sobre revelación, los hombres del Senado siguen entregando la mercadería robada.

¿Es posible encontrar dos hombres tan profundamente desacreditados como los dos Senadores federales de este Estado? Y no obstante quedan firmes en sus puestos. Durante un poco de tiempo estaban rehuídos, hasta por sus colegas del Senado, pues la única cosa que un Rojo no perdona á otro es que lo descubran. Pero este resentimiento se apaciguó y los dos Senadores son tan respetables como antes.

Podría seguir contando miles de iniquidades cometidas por los Rojos que tienen el país bajo su dominio; pero ¿con qué objeto? Basta decir que sabemos todos que la corrupción y la infracción de las leyes empieza arriba y continua hasta el mismo fondo de la estructura gubernamental. Sabemos que los Rojos están saqueando el país como si fueren piratas que han cap-

turado una presa rica y procuran sacar de ella el último resto de valor, antes de barrerla y echarla a pique. Parece que nada podría ser peor que la situación actual. El Presidente se ha constituido un autócrata, sobre ser infractor de la ley, los legisladores miran sus puestos simplemente como oportunidades para hurtar: los jueces estiman sus altas funciones por la ventaja de poderlos prostituir en el servicio de los Rojos que los colocan en sus puestos, y que complementan sus grandes salarios para ellos insuficientes, con incursiones en la Bolsa de Comercio, bajo la dirección de algún capitán de comercio que les asegura contra pérdida. Lo que son capaces de hacer los Gobernadores fué bien ejemplarizado por estos dos Gobernadores en el Oeste que conspiraron para secuestrar unos hombres acusados de un crimen del cual resultaron inocentes y fueron absueltos.

No me extraña que haya tanto clamor contra los Rojos. Lo que me asombra es que el pueblo se deja despistar hasta dirigirse contra los más dignos miembros de la sociedad, siendo tan obvio quienes son los verdaderos Rojos. Pero creo que no ha de continuar mucho tiempo. Creo primeramente que el pueblo en general empieza ya a comprender quienes son los verdaderos Rojos. ¿Cómo puede estar uno con vida y no realizar quienes son los verdaderos enemigos del país, quienes los verdaderos Rojos?

Para nosotros que lo entendemos plenamente no hay cosa tan eficaz como una campaña tranquila, pacífica de educación. Podemos demostrar que la violencia se comete por los que están en el poder, y la bomba esporádica no es más que el grito de dolor de algún desgraciado que no tiene un modo más inteligente de expresión. Podemos demostrar como el gobierno del pueblo por sí mismo ha sido convertido en una autocracia por personas insidiosas, deseosas de poder y de dinero. Podemos probar que el robo y el asesinato y todos los otros crímenes son cometidos diariamente por los jefes de la industria. Podemos señalar las cortes de justicia prostituidas, y las legislaturas poseídas por una gavilla infame de Rojos que dominan el país. Todas estas cosas son demasiado flagrantes para poderlas esconder; y a veces pienso que los hacedores del mal son tan endurecidos, tan avezados al crimen, que no lo ven como es y apenas sienten vergüenza en su revelación. ¿Y cómo no? ¿Quién habrá oído decir nunca que un Rojo ha sido condenado por los tribunales? Oímos hablar de sus crímenes, y se rinde el honor a la justicia moribunda de una pretendida consternación, pero no pasa de eso.

Pero creo sinceramente que no se halla

distante la hoja de la reacción. Tan es así que si yo fuera un rojo me compraría una hermosa casa en Rusia, ó en algún otro país todavía en estado de Rojez, para refugiarme en él cuando amenazara el cataclismo de un pueblo ultrajado. Más todavía: si fuera un Rojo tomaría el primer vapor trasatlántico y llevaría todo el botín que pudiera.

JUAN R. CORYELL.

Sueños de un Artista

Alcamarada D'onisio Martín

Los ineptos, los que no tienen capacidad más que para echar barro sobre las obras ajenas, son los que dominan el ambiente, por obra y gracia del inepto Félix.

(Cuento malicioso de M. Aracomi)

—Me retiro; si señor. Yo no puedo aceptar ese papel.

Tengo aún dignidad suficiente para que nadie me rebaje hasta el punto que quiere Vd. hacerlo.

Esto le decía Martín a su director, rechazándole una parte de criado que le ofrecía este, con una sonrisa que decía: «Aquí no hay más artista que yo» y efectivamente; si no le era por méritos, lo era por imposición.

Aquel hombre, partiquin de una compañía, por azares de la suerte llegó a ser, no solamente director, sino empresario de otra de escasa importancia, aun que él se daba mucha.

No podía ver, sin que la envidia se apoderara de todo su ser, que alguno de su compañía fuera aplaudido ó felicitado por el público, porque en este caso recurría a todos los medios que recurren los directores para hundir al artista, olvidando al mismo tiempo su interés de empresario.

A pesar del hipócrita razonar del director, Martín continuó:—Prefiero buscar trabajo, de mi oficio, y ya que tengo tanto amor al teatro, trabajaré en las veladas de mis compañeros, pero no aquí donde todos me miran con malos ojos; ¿qué culpa tengo yo de que el público, anoche, estuviera tan benévolo conmigo?

—Lo has tomado en mal sentido,—dijo el director, te doy este papel—continuó—porque no hay otro; y si no lo quieres, vete con tus compañeros como tú dices; vete y verás lo que vas a ganar con ellos. Anarquista y basta!...

—No ganaré nada, respondió Martín,—si se entiende por ganar, nada más que percibir, en cambio del arte ó el trabajo material de un individuo algunos centavos; pero ten-

dré la conciencia de que, todo mi trabajo redundará en bien de mi ideal.

Después de muchas proposiciones del director y muchas negativas de Martín, recibió éste, de manos del primero, unas miserables monedas en pago de su triunfo artístico la noche de su *debut*; y se marchó con la esperanza de verse entre la fraternal compañía de sus camaradas de ideas, donde lo recibirían con suma alegría y sabrían apreciar todo su arte y el beneficio que él aportaría a la propaganda.

Era inútil; él no podía vivir entre gente de teatro; era muy intrigante y ruin aquel elemento. Ya había sido algo así, como que le preparaban una silbatina para su segunda función.

¡Qué malos son los cómicos!

Esto pensaba él a las diez de la noche sentado en su catre, uno de los muebles que adornaban su pequeña pieza de un tercer piso, desde donde se contemplaba gran parte de la ciudad.

Pasaron tres días. Ya tenía trabajo de zapatero que era su oficio, aunque *muy bajo*, como el decía con doble sentido, pero que le daría lo suficiente para comer y vestir, mal, por supuesto, como todos los obreros, pero tendría el gusto de ayudar al advenimiento de los días felices.

Luego miró el reloj; se desnudó lentamente y se acostó.

Pasada una hora en sublimes pensamientos, se quedó dormido y soñó; soñó con lo que había pensado, cosa que sucede pocas veces.

Iba a ensayar a un teatro grandioso que ostentaba al frente, bajo una cornisa artística en letras grandes y de color oro «Teatro del Pueblo». Dentro era espacioso; con poco lujo pero mucha comodidad; con 800 sillas de plasteo tres galerías, una de ellas dividida en placos para familias, un escenario grande con un sin fin de decoraciones; sus camarines, utilería, ropería y todo lo necesario para la obra más exigente. Allí actuaban ellos; un cuadro formado por compañeros y una orquesta de muchachos afines; absolutamente gratis todo. Allí, como anarquistas que eran, existía una armonía y una fraternidad completamente anárquica; ninguno criticaba a nadie.

No eran ni modestos ni vanidosos; como inteligentes, cada uno sabía lo que valía y hasta donde podía llegar. Por esto jamás había discordias; todos eran hermanos.

Martín entró y sus camaradas le dieron un apretón de manos; saludó a las seis compañeras que formaban del cuadro y empezó el ensayo. Los que no ensayaban permanecían en silencio observando.

Concluyeron; se despidieron hasta la noche siguiente y Martín se dirigía a su pequeña pieza sonriente y contento. Todos son anarquistas.

¡Qué hermosa es la anarquía!

Llegado este punto despertó; ya era de día; trabajó maquinalmente (como trabajamos todos) con el pensamiento en el sueño que había tenido y con deseo vehemente de que llegara la noche para presentarse al cuadro filo-dramático de sus compañeras, y contarles el sueño que había tenido.

Aquel día le pareció interminable; hasta miraba el sol con temor de que el globo terráqueo se hubiera paralizado y no llegara la noche jamás. Pero, no; como siempre; La Tierra dió su vuelta y la noche llegó y el también al local donde sus compañeros de ideas, de arte y de miserias, se reunían.

Por el camino se había dicho:—no soy anarquista; pero son esas ideas tan nobles, tan sublimes, tan humanas, que quiero ser un convencido y quizá con el ejemplo de ellos llegue a serlo.

¡Que buenos deben ser!...

Y efectivamente fué recibido por la reunión con manifiesta alegría pues ya sabían todos lo que valía él en materia de arte.

En la primera función ya se vió al nuevo compañero y gustó mucho. Se repitieron las veladas; Martín se había captado, en calidad de cómico, las simpatías del público.

Apenas comía y dormía; robábale horas al sueño y toda su fuerza moral era para el cuadro.

Se retiró un compañero; el galán dramático; tuvo que sustituirlo. Al retirado se le antojaba que Martín *asesinaria* el papel. Lo supo Martín y no hizo caso; continuó. Las simpatías del público iban en aumento y las de sus compañeros en disminución. El lo notaba pero continuaba.

Se anunció un *dramón*, según frases de algunos, muy fuerte, que lo *matarian*; hasta algunos del cuadro, después de aceptarlo, criticaban a Martín por sus *ilusiones de gran actor*.

Lo mortificaron con sonrisas hirientes y malignas; le dijeron que en lo *cómico* podía pasar, pero que lo dramático no era lo suyo.

El no era pedante, no era vanidoso, pero tampoco era modesto, porque la modestia es el antifaz de la vanidad y el colmo de la pedantería. Por eso él no tenía la *vanidad de la modestia*. Era sencillo, de nobles sentimientos y sincero. Quería ser anarquista si ellos le dejaban... Ya no quería que lo convencieran; si nó, que le dejaran.

Llegó la noche que debía darse el *dramón*. Todo el elemento contrario al infeliz Martín, esperaba el fracaso con ansiedad; pero, fracasaron las esperanzas de aquellos señores. Concluyó el primer acto entre atronadores aplausos y el segundo aun con más entusiasmos; llegó el tercero, fin de la obra y fué una completa ovación. Subieron muchos

á escena á abrazarlo, á felicitarlo. ¡Un triunfo chico, un triunfo! ¡Superior! ¡Sublime! ¡Bien por los artistas! Y Martín oía todo esto alegre, aunque rojo de vergüenza... ¡como si fuera un crimen valer!... Esta es la modestia, la que sale á la cara.

A uno de los artistas se le ocurrió hacer una crónica y publicarla en un periódico; en ella elogiaba á Martín y á otros, pero no así á los malos, que, precisamente por serlo, eran enemigos de los buenos.

Aquí la guerra contra Martín; guerra jesuítica, solapada y ruin. Se le calumnió y se le hizo culpable de cosas de que era absolutamente inocente.

Faltos de valor sus enemigos para expulsarlo del cuadro, ó negarse cara á cara, á que prestara su concurso, se repartieron los papeles para la siguiente velada, sin siquiera participárselo.

Por muy oculta que fué la guerra, Martín tuvo que enterarse y se enteró; y como era un hombre, pidió satisfacciones á estos entes, los que no tuvieron ni aún el valor de dárselas... Uno, sin embargo, quiso ser valiente, pero, en el momento crítico, resultó tan cobarde como los otros.

¡El quería sangre; destruir lo inútil!... pero no le hicieron frente para tanto.

Y se fué... se fué á su pequeña pieza desde donde se contemplaba gran parte de la ciudad... Se sentó en el catre y quedó pensativo gran rato.

¡Hasta los que creía amigos!... Luego se asomó por los vidrios de la puerta y vio confusamente, por la distancia y la sociedad de la noche, cruzar la calle á dos hombres y dijo: ¡Que pequeños son!... Luego miró el reloj, se desnudó lentamente y se acostó; y después de una hora de tristes pensamientos, se quedó dormido y soñó un sueño muy triste al principio, que daba miedo, horror, mejor dicho una pesadilla; luego se convirtió en un hermoso sueño, hermosísimo.

Primeramente vió que se abría la puerta y la ventana del cuartito; buscó fósforos para encender la luz y cerrar, pero no halló; se asomó, miró al espacio y estaba oscurísimo; no se veía nada absolutamente. Tenía miedo, sentía deseos de gritar; pero no; era un hombre y su padre le había dicho que los hombres nunca pedían auxilio.

De la negrísima oscuridad empezó á oírse un ruido; al principio suave, aunque desagradable; luego más fuerte; después atroz; más tarde terrible, horroroso. El miedo de Martín fué en aumento al par que el ruido, hasta el punto, casi, de caer desmayado. Aquel ruido fué extinguiéndose lentamente hasta no percibirse y lo iba substituyendo una música armoniosa y suave, y

á la oscuridad, una claridad tenue que aumentaba al par que la música: ambas cosas cada vez más agradables. Entonces pudo cerrar la puerta y se volvió á acostar.

Se deleitaba oyendo los acordes de aquella música que le llegaba hasta lo más hondo de su ser y dirigía su vista al espacio, al través de los vidrios de la ventana y de la puerta, viendo la claridad cada vez mayor, más luminosa y la música siempre armoniosa y suave.

Al fin se le presentó el origen de aquella claridad.

En una carroza de flores, arrastrada por dos soberbios leones, ostentando en luces rojas este lema «La Verdad», se presentó una hermosa mujer muy alta y bien formada, con sus cabellos de oro descansando sobre sus hombros y espalda; completamente desnuda y de una belleza que encantaba, con una antorcha en la mano izquierda y una enorme espada en la derecha. Las paredes de la pequeña habitación de Martín se abrieron para dar paso á aquel hermoso ser.

Martín al verla se incorporó en su lecho; ella le miró sonriente y le preguntó: —¿Sabes quién soy? Martín con otra sonrisa contestó: —Sí, la Anarquía.

—¿Cómo estás tan solo?

—Tus hijos no me quieren,

—¿Por qué?

Y Martín le refirió todo lo que le había pasado con aquellos hombres.

—No, esos no son mis hijos—dijo aquella hermosa mujer—y para que te convenzas mira entre los que me acompañan á ver si los encuentras. Dirigió Martín la vista hacia donde le indicó ella y vió muchos hombres, (no tantos como algunos se figurarán) que le miraban cariñosamente y le hacían señas para que los acompañara.

—¿Esos solos son tus hijos?—preguntó Martín.

—Esos solos—respondió ella—¿Te parecen pocos?

—Sí... ¿Y aquellos que decían ser hijos tuyos?

—Aquellos eran muy pequeñitos, y como yo no veo más que lo grande, sin duda, no los he visto y han muerto aplastados por mi carroza.

—Pero ¿cómo decían que eran hijos tuyos?

—Porque pretendían ser grandes.

—Y esa espada, ¿para qué la llevas?

—Porque aún hay algo que derribar. Cuando no haya nada la tiraré y no la volveré á llevar.

—Tus hijos me hacen señas; me creen digno de ser hermano de ellos—dijo observando que lo llamaban.

—Y yo de que seas mi hijo, porque eres sincero y noble. Incorporate á la columna que me sigue.

Martín conmovido por la alegría dió un fuerte abrazo á aquella hermosa mujer que se llamaba Anarquía y se incorporó á la columna.

En ese preciso momento se despertó de su sueño; pero aún marcha en ella... despierto!

ALMA DANA.

Decadencia de la raza humana

Entre los espartanos y atenienses de la antigüedad, gentes que rendían culto á la fuerza bruta, se tenía muy en cuenta la selección de la especie humana, hasta el punto de que para impedir su degeneración, mediante la influencia de ciertos y determinados factores que pudieron llevarla hacia ella, se recurría á miles de medios, naturales unos, artificiales otros, pero que todos llevaban una misma finalidad, el mejoramiento de la raza.

Gentes guerreras por excelencia, necesitaban soldados fuertes y sanos, de ahí que todo aquel que naciera con algún defecto físico, ó con síntomas de alguna enfermedad, raquílico, era decapitado. Las uniones del hombre con la mujer eran efectuadas, teniendo en cuenta más que todo la buena constitución física de ambos, para que así los hijos que de ellos nacieran reunieran iguales ó mejores condiciones que sus genitores.

Como se quería hijos fuertes, Hércules, guerreros, y gladiadores que tuvieran del tigre la destreza y del león la fuerza, ese era el único medio que podía proporcionarlo; matar los débiles y engendrar fuertes. El malthusianismo completó la obra de espartanos y atenienses. Cruel el recurso, pero humano.

Así vemos una raza poderosa, fuerte y sana extender sus dominios por todos los ámbitos del mundo, realizar maravillosas hazañas, escudados en su invencible fuerza.

Pero llegó para Esparta y Atenas su decadencia moral y material, siendo quizá su única causa el descuido de la obra emprendida con tanto ahínco.

Los pocos seres que nacían con síntomas de degeneración, tenían un lugar en el mundo, creciendo pálidos y enfermizos, como For de invernadero que el cálido viento pronto abate y mata, en los matrimonios acontecíó lo mismo, ya no se tuvo en cuenta para nada la selección: amor triunfaba y la humanidad rodaba al abismo.

El sentimiento de piedad cristiana invadió el corazón de los héroes raza espartana y en una breve sucesión de generaciones

fueron desapareciendo atletas y gladiadores, como desaparecen los corpulentos árboles bajo el hacha filosa del leñador.

Solo quedaron los débiles, los árboles anémicos de hojas sin clorófila.

Se realizaron uniones de hombres con mujeres que de tales solo tenían la estructura, existencias inútiles que la Vida reclamaba su sacrificio.

¡Cuánto hubiere ganado con ello la humanidad, sin embargo, ya no se decapitaba; el amor y la piedad habían triunfado, el mundo era grande y en él cabían todos; sanos y enfermos, fuertes y débiles. Así fueron esparciéndose por la tierra las nuevas generaciones, los hijos enfermos y degenerados, impotentes para la lucha, y por esa misma impotencia reducidos más tarde á la ignominiosa esclavitud de una raza más fuerte.

El amor aliado con el cristianismo había triunfado, había hecho su obra, su nefanda obra de exterminio y de degeneración y muerte. La humanidad había sido vencida.

Donde un día se elevaron himnos á la fuerza cantaron Virgilio y Horacio al Amor, á ese sublime sentimiento que nuestros decadentes poetas llamaron fuente de vida y que la historia consus hechos nos demuestra que ha sido un factor de muerte.

Y así continúa la humanidad su marcha hacia su completa degeneración, hacia la muerte. Las razas de hercúleas fuerzas y atléticas formas han desaparecido para siempre. Los asombrosos casos de la longevidad tan comunes en aquellas épocas solo son son en la actualidad un recuerdo borroso del pasado. ¡Tanto ha retrogradado la raza humana! Las enfermedades encontraron ancho campo de acción, terrenos propicios para propagarse, surgieron los males venéneos y sífilíticos y otras calamidades aplastantes que complementaron la obra de degeneración de la humana especie. ¿Qué factor originó el desastre? No trepidemos en señalarlo: el amor. Este, con su aliado el cristianismo en la lucha contra el reinado de la fuerza salieron vencedores, legándonos ese triunfo el reinado de la muerte.

Pero una nueva lucha ha de empeñarse. Nada es eterno. Así como desapareció una raza fuerte impulsada por las causas ya señaladas, así también desaparecerán éstas impulsadas por los luminosos rayos de la ciencia. Entonces nuevamente triunfará la vida.

Pero ¿volveremos al pasado? No, la humanidad debe marchar hacia el porvenir; si el amor es un obstáculo para esa marcha, es preciso matar el amor, ese pernicioso sentimiento, causa de la degeneración de la humana especie, ¡Regeneración física é intelectual el arma de la vida! Procuremos

hacer de las generaciones futuras los nuevos gladiadores, más no como los espartanos que solo rindieron culto a la fuerza bruta; junto con ésta, debe unirse la ciencia, pues de lo contrario pronto ruenda la humanidad de la cumbre al pantano.

La regeneración física e intelectual de la humanidad, vendrá tan solo cuando ésta sepa regirse por un sano y lógico razonamiento, cuando lleve por guía el cerebro y no el corazón.

Si al realizarse una unión se tuviera en cuenta eso, verdad que pocas uniones se realizarían, la humanidad quedaría reducida en número, pero se habría conseguido evitar el aumento siempre creciente de generaciones inútiles, para quienes debiera llegar meramente la era de los espartanos y atenienses. La humanidad saldría ganando.

Un hombre sano y robusto es más fácil que pueda poseer un cerebro fecundo, que un enfermo enclenque, porque sabido es que así como la enfermedad destruye el organismo, embota igualmente el cerebro, impidiéndole concebir ideas, reduciendo al individuo a un estado de completa idiotez: así como los atacados de males venéreos y sífilíticos, piltrafas humanas que arrastran sus vidas inútiles por la tierra, como un insulto a la vida.

¡Y esos son los que han de continuar sembrando vidas, vidas que al nacer llevan ya en sí, el germen de la muerte! ¡Pobre humanidad! Si el amor es quien te ha reducido a tal extremo, pasemos por sobre él cantando un himno a la vida, a la generación humana.

F. GIRIBALDI.

Apuntes Biográficos

DE

Miguel Bakounine

POR MAX NETTLAU

Miguel Alejandrowich Bakounine descendía de una noble familia rusa, cuyo origen se remonta al siglo XVII; la tradición nos dice que ella proviene de la Transilvania.

Su padre desde joven se había dedicado a la carrera diplomática y se hallaba en Florencia, en la embajada rusa; en esa ciudad y en Nápoles residió hasta la edad de 35 años; después volvió a Rusia, donde bien pronto, disgustado de la vida de la capital y de la corte, se retiró a una de sus posesiones y a la edad de 40 años se casó con una joven de diez y ocho años perteneciente a la familia de Musavieff.

De ese matrimonio nacieron 11 hijos, entre los cuales Miguel fué el primero (nacido

el 8-20 Mayo 1814) y los otros fueron cinco varones y cinco mujeres.

En un fragmento auto biográfico «*Historia de mi vida*» publicado por primera vez en la *Société Nouvelle* (Bruselas Septiembre 1896) Miguel Bakounine describe su niñez transcurrida en su pueblo natal.

El fué cariñosamente afecto a su padre.

Este era un hombre de principios liberales moderados, inteligente y de buen corazón que había formado parte de la Sociedad de los Decembristas sin ser descubierto; pero después, decepcionado por los fracasos obtenidos al querer conquistar un poco de libertad, por el humillante espectáculo de las condiciones de Rusia oprimida, y también por la influencia deletérea de su esposa que se mantenía lejos de sus principios humanitarios, concluyó por resignarse y volverse exceptivo y desconfiado.

Tuvo apartado a su hijo Miguel en su educación, de toda influencia reaccionaria; hasta la misma instrucción religiosa le fué suministrada de un modo indiferente, *pro-forma*, sin coerción alguna.

De ese modo evitó que los hijos fuesen concededores demasiado pronto de las condiciones reales de Rusia, como por ejemplo de la esclavitud de la gleba; por cuanto temía erritar el alma tierna de esas criaturas al hacerles conocer el imperio de tanta miseria.

Prefería contar a sus hijos aventuras de viaje, que contribuían a impresionar sobre todo a su hijo Miguel, excitando su fantasía y empujando su imaginación hacia esas aventuras hasta inducirlo a escapar, en la primera ocasión, de su casa para correr en pos de ellas.

Así transcurrió Miguel Bakounine la edad de la juventud, feliz, no presintiendo para nada la dolorosa realidad de la vida.

En tres años (desde 1829 al 1832) cursó la escuela de artillería en Petersburgo.

Nos faltan informaciones sobre este período de la vida de Miguel Bakounine como también las razones del porqué él, después de haber espléndidamente soportado esos estudios, en lugar de entrar a formar parte de la guardia de Artillería, (lo que fácilmente hubiera podido obtener debido a las influencias de su familia) fué mandado como oficial a un regimiento destacado en Lituania, y precisamente en el distrito de Moscou.

Aquí transcurrieron dos años, asistiendo a la opresión que siguió después de la sublevación de Polonia.

El «servicio» para él no tenía ningún atractivo: en cambio leía mucho, y al fin interrumpió su carrera, renunciando a su puesto y dejando las armas en el año 1834.

Eso no respondía de lleno a las intencio-

nes de su padre, quién desde entonces no tuvo ninguna influencia sobre la vida futura de Miguel Bakounine.

Pasó éste los seis años siguientes (hasta el 1840) en parte, en el verano, con su familia y en su pueblo, y también algunas veces, en 1840, en Petersburgo.

Durante estos años Bakounine se ocupó con pasión de la filosofía, y se unió en la más estrecha intimidad con los más simpáticos jóvenes de ideas avanzadas de las Universidades de Moscou y de Petersburgo.

Buscó comprender con la mayor claridad y profundidad, los sistemas filosóficos, y analizarlos en las discusiones que provocaba con sus amigos: vivía así en pleno mundo abstracto alejándose siempre más de la vida real.

Leía los filósofos franceses del siglo décimo octavo, como por ej: Condillac; y en la primavera del año 1835 entró en correspondencia epistolar con Staukewitsch, que después conoció personalmente en Noviembre de 1835 estrechando con él relaciones e íntima amistad pasando juntos el invierno del principio del 1835 y el de 1836-37 en Moscou.

Staukewitsch lo inició en el estudio de Kant y de Fichte; y el primer trabajo de Bakounine que se publicó fué justamente una traducción de la obra de Fichte «*Lecturas sobre la misión del hombre de ciencia*» *Teles kop* 1836).

También Belinski, el mejor y más íntimo amigo de Bakounine, después de su separación con Staukewitsch (1837) era entonces secuaz de Fichte, pasó con Bakounine y su familia algunos meses que después describió con entusiasmo.

Fué en el año 1837 cuando empezaron, en el mundo en que Bakounine vivía, a ocuparse de la filosofía de Hegel, la cual enseguida ejerció sobre todo el pensamiento de aquellos tiempos, una influencia inmensa, inconcebible hoy.

Bakounine entonces fué arrastrado también por esa influencia.

Su primer trabajo original fué precisamente el prefacio a una traducción de un discurso de Hegel (*Morh. Nabl.* 1838, Marzo Abril, reproducida recientemente por Vengeroff); después escribió un artículo no terminado *De la Filosofía* (*Of. Zapichi*, tomo IX, 1840).

En el Otoño del año 1839 Miguel Bakounine y sus amigos conocieron y estrecharon relaciones con Alejandro Herzen y con los amigos de este, quién volvía a Moscou después de un período de deportación en provincias; y se produjo una ardiente controversia entre los hegelianos de Moscou, los cuales no dejaban de propagar el principio de que *toda cosa real es razonable sólo por el hecho de existir*, refiriéndose también a

las cosas más torpes, como a la absurda situación de la vida en Rusia (los mencionados artículos de Bakounine eran en este sentido reaccionarios) y los discípulos, de Herzen, libre pensadores, incrédulos, republicanos y simpatizantes con el socialismo francés.

El resultado fué que por el momento cada uno quedó con sus convicciones, obteniéndose un progreso real en el hecho de que cadauno entraba en el círculo de las ideas del adversario.

En el 1840, después de haber estado algún tiempo residiendo en Petersburgo, Bakounine proyectó trasladarse a la Universidad de Berlín para estudiar la filosofía alemana.

El por cierto que entendía entonces llegar a ser con el tiempo profesor de filosofía en Rusia; y de todos modos tenía necesidad de concluir con la vida inactiva de entonces que, según decía él mismo, lo había conducido «a la más triste infelicidad por la apatía invasora».

En efecto, partió hacia Julio o Agosto de 1840 de Petersburgo para Berlín, donde desde el siguiente semestre en adelante frecuentó la Universidad.

Su evolución intelectual desde el hegelianismo conservador al revolucionario se vislumbró de un modo claro por los resultados de sus estudios.

Miguel Bakounine tuvo pronto que constatar que el prof. Werder, que como elocuente expositor del sistema hegeliano era muy aplaudido, y que llevó las consecuencias de tal sistema fuera de su lugar, evitándolas o temiéndolas, no era más que un superficial buen hablador.

Así también vió el fiasco solemne de Schelling, que en el invierno del año 1841 hasta el 1842 profesó en Berlín por primera vez su filosofía reaccionaria, tan pomposamente anunciada (1).

En Berlín Bakounine vivió por un cierto período de tiempo junto con Turgheneff e hizo relación con Vainhagen de Tuse, que le conservó siempre la más grande estima y simpatía.

En el verano del año 1841 estuvo en Bad Enss con una de sus hermanas.

Cuando abandonó Berlín, no se sabe, pero en la primavera del año 1842 estaba ya en Dresde, donde se relacionó con A. Ruge y con sus amigos, quienes constituían el grupo de los más radicales hegelianos.

Se encontraban entonces también su hermano Pablo y Turgheneff, y el músico de la Prusia Oriental Adolfo Reichel que fué su amigo constante por toda la vida.

Debemos dar las gracias a un coleccionista, si hemos descubierto hoy que el opúsculo de Schelling, que tiene por título «*Schelling y la revolución*» Lipsia 1832, atribuido a Ba-

kounine por una carte de A. Ruge á Rosenkranz (Abril 1842) es en cambio de Federico Oswald.

Como pudo Ruge caer en ese error no se comprende, salvo el caso que el mismo Bakounine hubiese también él ideado tratar el mismo asunto y después, como de otros trabajos literarios, no se ocupó más.

Momento decisivo é importante para la vida de Bakounine fué cuando publicó la disertación sobre la «Reacción en Alemania. Fragmento de un francés» en los anales Alemanes de Ruge (17 21 Oct. 1812) con el neudónimo de Jules Elisand.

No fué un secreto para nadie que Bakounine era el autor de esa publicación; y esto definitivamente truncó toda posibilidad para él de poder enseñar en Rusia, consecuencia también ocasionada por las relaciones que él tenía desde algún tiempo con los círculos más radicales de Alemania y con los Polacos.

El artículo mencionado vá dirigido en contra de las almas templadas é indecisas en lo que se refiere al concepto de libertad y en contra de los métodos conciliativos y los paliativos.

Las últimas palabras de ese escrito son notabilísimas, poco, empero recuerdan su texto exacto:

«Confianza en la fuerza eterna que destruye y anula, sólo por el hecho que así edifica y crea, desear la destrucción significa desear la creación, la vida!»

En los primeros días de Noviembre de 1842 llegó á Dresde, en viaje á través de Alemania, Merwengh, y fué á habitar con Miguel Bakounine.

Pocas semanas después, la situación de éste parece que se hacía más insegura por las intromisiones rusas, y también por llamados que se le hicieron, si bien no en forma oficial, con el objeto de que volviera á Rusia.

También Sajonia, en donde poco tiempo después el periódico de Puge fué suprimido, no era más para él un lugar seguro.

Entonces partió, en los primeros días de Enero del año 1843, junto con Merwegh para Lipzig y por el camino de Stasburgo se fué á Zurich.

En esta ciudad de Suiza, Bakounine pasó alguno meses muy á gusto frecuentando los círculos radicales alemanes de quel tiempo junto con Augusto Follen, Julio Frobel y otros.

Una carta dirigida á A. Ruge (Bakounine á Ruge Prterinsel en Bielersee, Mayo 1843, publicada en los Anales Franco Alemanes, París 1844) muestra también ella la predisposición luchadora de su autor.

Desde ya, en Octubre de 1847 en el artículo de Dresde, mostraba mucho interés por el socialismo, pero más como tendencia filosófica que como doctrina política; ni se sabe con precisión que escuela socialista cono-

ciera ó prefiriese; parece empero que lo hayan empujado por ese camino las novelas de Jorge Sand, que entonces eran apreciadas por Pedro Leroux.

En Zurich, después, entró en relaciones directas con los comunistas alemanes secueces de Weitling, y más tarde con Weitling mismo: el conceptó el socialismo hasta en sus más extremas consecuencias, sin caer en el exceso, entonces tan frecuente, de fiarse en un sistema preconcebido, y sacrificar así el acepto precioso de la libertad y de la igualdad.

(Continuará)

Sembrando luces!

Cuando la noche tiende su velo de miseria y dolor sobre el campo obrero, surge como de una hoguera invencible llamardas que rasgando las tinieblas del dolor alumbrá con sus rayos luminosos el tugurio miserable del hambriento, encendiendo al misero tiempo el corazón humilde y marchito del que sufre el peso rudo é ignominioso de la sociedad actual.... el obrero, si, aquel de rostro pálido y maceradas carnes por el combate cruel por la existencia, aquel que vá surcando el suelo con gotas de sangre—sudor de su débil cuerpo, que desgastan y enrojecen su organismo que debiera ser de hierro. El despreciado y desheredado de muchas generaciones, el aborrecido y perseguido por las injusticias del presente. Aquel que hora tras hora, minuto tras minuto se siente amarrado al yunque del labor para satisfacer lo más indispensable de sus necesidades diarias; aquel que en ta fábrica como en el taller, va dejando jirones de su miserable vida, y sigue así su vida mezquina pensando entristecido sembrando dolor en las garras de su situación aprisionante;—el que vé y hace funcionar las máquinas diariamente, por medio de su acerado músculo: el que mantiene gobiernos, el que mantiene ejércitos, curas, abogados, diputados, ó sea el Estado con todas sus ramas esparcidas y centralizadas entre la burguesía ambiciosa y tirana, Aquel obrero, decía, que produce, hace y armoniza todo por medio de su trabajo, y es el mismo que, oh! dolor, es el mismo que riñe con el obrero vecino á causa de que uno trabaja mejor y gana más, es el que se embrutece en la taberna porque se cree feliz al ganar un jornal que les parece digno de sus esfuerzos y solo es exiguo ó insuficiente para satisfacer sus necesidades dentro del hogar, el que embruteciéndose embrutece y castiga á su compañera de infornunio y que la prole presencia, el que cierra los ojos ante un libro porque cree no tener tiempo para leer

dos renglones, y es el mismo también que oh desgraciado! que desoye la voz del amigo que le muestra el camino que debiera seguir y es ese también que sin una idea fija, sin un sentimiento altruista, se forja ilusiones fantásticas y se arrodilla levantando las manos al cielo para pedir un mendrugo más para sus inocentes pequeñuelos que ambrientos al instante de llegar su padre del audo batallar por la existencia, le dicen saltando á su cuello, con voz apasionada y dulce, capaz de desgarrar y hacer conmover el corazón más duro y frío: padre, padre de mi alma, ya veis á nuestra madre enferma.....y nosotros... enfermos también, faltos de pan y de cariño... un beso padre, uno solo padre querido... el padre triste, sangrando el corazón de dolor, se inclina y muestra su mejilla envejecida, que el pequeñuelo besa con amor filial..... Al recibir aquel beso se cree feliz y siente que dentro su pecho salta su corazón lleno de amor y alegría momentánea; y entonces.... entonces, siente la necesidad de ser más hombre, de ser más bueno y más grande; piensa, piensa mucho y no alcanza á pensar nada.... divaga, se vé rodeado de sombras negras, de fantasmas gigantescas, de ilusiones invencibles.... y entonces, quiere leer, quiere dar oído á sus compañeros... los busca.... nada.... busca libros para vencer ese estado de ofuscamiento.... y.. nada, nada encuentra, nadie le oye. Derrepente, siente un grito vago, forzado y rudo, que acompañado á pasos acelerados se dirige hácia él, mira, y vé á sus hijos, que saltando á su cuello le decían con lastimero acento: padre mio, tenemos hambre, dadnos pan.... y cae así aquel obrero en brazos de la ignorancia, y en brazos de sus hijos hambrientos.

Aclaraba el día, finos destellos del nuevo sol corrian sobre los campos, desplegando amor.

Invitando á la vida... y el obrero, aquel de ofuscado cerebro parecía comprender que la vida lo invitaba brindándole flores frescas en cuyos pétalos temblaban gotas cristalinas de rocío que más tarde bebería la alegre mariposa.....

y empezaba á sonreír; un destello de luz brilló en sus pupilas animado por el paisaje que le presentaba la Madre Natura como un poema de amor... reía ya, sus pequeñuelos tendidos aun sobre el miserable jergón abrazados á su madre de dolientes carnes—dormían los desheredados presentando sus demacrados rostros que hacían un contraste horrible para aquel

hombre que empezaba á vivir la vida cuando ella pretendía cerrar sus párpados.

Comprendió aquel imbécil de ayer lo mal que había hecho en haber permanecido indiferente á todo hasta la vida misma? ¿comprendió que era otro su modo de proceder con sus fuerzas ¿comprendió acaso que necesitaba amar lo grande y ser sublime?

Si lo comprendió y así lo decían sus ojos y en un torbellino de ideas levantando en su cerebro, exclamó con fuerza de entereza reciente:—¡Anarquía! alma de lo grande, sublime impulso de la vida, os encontré por fin, bendita seas idea grande quiero que seas tu la que despiertes á esos tres pedazos de mi corazón con un beso de tus labios rojos... se aproximó al lecho dó descansaban esos su seres pueridos y exclamó posando sus labios en las mejillas de los hambrientos; despierta ¡Oh desgraciados ya el sol nuevo para nosotros de la Anarquía, os convida también á vosotros á vivir la vida en el jardín de sus hermosas flores.

CRISTÓBAL CEDEIRA.



Amor con amor se paga

Había en cierta época un pueblo que incapaz de regir sus destinos nombró un rey que se encargase de hacerlo, este rey nombraba sus secretarios ó ministros que eran los que se encargaban de la administración de los gastos de la nación que el pueblo pagaría de buena ó mala gana, de grado ó por fuerza.

Este reinado vino sucediéndose de padres á hijos, cada uno iba menguando las libertades del pueblo, y erigiéndose en dueño absoluto de los destinos del país.

Hubo un rey que poco á poco fué imponiendo nuevas gavelas al pueblo y restringiendo en lo más que podía la instrucción, así en medio de esa ignorancia podía hacer y deshacer á su antojo.

Para la dicha no dura siempre y héte aquí que cuando menos se lo esperaba, hubo algunos que rompiendo con los moldes viejos, pregonaron el derecho á la vida sin necesidad de parasitos, he hicieron públicas sus ideas, dieron conferencias donde demostraron lo malo de la sociedad.

Entonces los de arriba viendo que estos importunos venían á estorbarles su festín, trataron la forma de eliminar á los que se atrevían a hablar contra el rey y sus secuaces.

Dictaron leyes de represión, impidieron la impresión de sus periódicos, y la manifestación de sus ideas, encarcelaron, deportaron y asesinaron á los apóstoles de la nueva era.

En medio de todas estas infamias el pueblo seguía uncido al carro de la explota-

ción. gacha la cabeza sin atreverse á mirar de frente á los tiranos.

Las persecuciones fueron cada día más severas, aquel que levantase la voz para demostrar una infamia, la cárcel lo esperaba para ser encerrado y tratado como el peor de los criminales.

El silencio se hizo, ya no salían periódicos ni se daban conferencias, parecía que en realidad había muerto el germen de rebeldía que se había iniciado ... pero en el silencio, cuando no es posible alzar la voz para decir lo que uno siente, es donde se gestan las grandes obras.

...Y sucedió lo que tenía que suceder un día cuando el tirano venía con su familia de divertirse á costa del sudor ajeno, y una gran parte de la multitud lo aclamaba, dos hombres le salen al encuentro, y le dicen: Tu que has ordenado el destierro de los propagandistas de la libertad, tu que has muerto á los que pedían más pan y menos persecuciones, toma el pago de tus hazañas, «amor con amor se paga», y sonaron dos detonaciones. El tirano había muerto.

Así acabó la vida de aquel que para poder esquilmar al pueblo, persiguió á todos los amantes de la libertad.

Siempre ha sido así, el que siembra el mal su fruto recoge.

Esta historieta pueden estudiarla las gobernantes de este país que quieren imitarles «tanto va el cántaro al río que al fin se rompe.»

No se juega impunemente con la libertad del pueblo.

LAUREANO DILUM.

Nota Administrativa

Con este número vence el primer trimestre del suplemento lo que avisamos á los compañeros que quieran seguir recibiendo renueven su suscripción, á los que así no lo hagan se les suspenderá el envío desde el próximo número.